

PUNTO
ROJO

filatelia mortal

frank caudett

B&B



FILATELIA MORTAL

FRANK CAUDETT

FILATELIA MORTAL

Colección PUNTO ROJO n.º 222

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 16.920 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio 1966

© FRANK CAUDETT - 1966
sobre el texto literario

© JAIME PROVENSALE - 1966
sobre la cubierta

© COSTA - 1966
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Di vuelta a Addison St., camino de mi oficina. Otros la llamaban agujero infecto y asqueroso. Tenían razón y no me pesaba.

Era un edificio viejo y deslucido ubicado en una callejuela angosta que pertenecía a un barrio sórdido.

Todo un poema, pero la vaca no daba para más.

Me detuve en la esquina, a la entrada de la callejuela. Tiré la colilla que sostenía entre los labios. Desde el lugar en que me encontraba podía ver con claridad las ventanas que correspondían a mi agujero. Y la del antedespacho derrochaba luz.

Sorpresa poco agradable, ya que, a fin de mes, la compañía de electricidad me pasaba el correspondiente recibo que yo debía abonar religiosamente, so pena, claro está, de que sintiera inclinación por los quinqués de petróleo y por los cilindros de cera.

La segunda parte de mi sorpresa radicaba en el hecho de que nunca recibía visitas a tan avanzada hora.

Eso me hizo suponer, mientras en mi rostro se dibujaba una mueca de contrariedad, lo que no había querido imaginar.

Mike Simmons iba a cumplir su promesa.

Simmons era un tipo asqueroso, bastante más que mi agujero, con cara de ave de rapiña, que corría por el mundo diciendo que era un ser tan normal como los demás.

Un buen día se había sentado frente a mis narices para hablarme de su tío enfermo. Un tío podrido por dentro a causa de su enfermedad, y por fuera a causa de una tonelada de dólares. El tío no se acababa de morir nunca, pese a que una veintena de médicos lo habían desahuciado, y Mike, consideraba como última la posibilidad de apuntillarlo con plomo.

El asesinato estaba previsto en un punto del código y penado en

otro.

Las cosas se complicaron para el paciente Simmons cuando el tío manifestó que iba a casarse con una rubia a la que llevaba la friolera de cuarenta años. La chica había sido lo suficiente golfa para camelar al fulano y asegurarse un puesto de única candidata a la herencia.

Todo eso me contó Mike hundido en la desesperación. Y mi labor —a razón de cien diarios— debía consistir en presentarle al viejo una especie de biografía moral de la rubia. Pero me recalcó más de diez veces que tenía que ser yo quien le dijera la verdad, ya que el zorro del tío sólo vería en él deseos de acaparar la herencia.

De veras que en cinco días compuse todo un manuscrito de Peggy Stadler. Le quedaba muy poquito que aprender en la vida. Y como yo sí tenía que aprender, no sé por qué me puse a pensar que cien al día era poco dinero.

Sin devanarme los sesos un segundo más, me fui de cara a Peggy y le mostré la «novela». Al punto le caí simpático y se interesó mucho por el original. Tanto creció su interés a medida que leía, que me ofreció dos mil dólares por la exclusiva de publicación. Me los guardé en el bolsillo antes de ver a Simmons, pasarle factura por cinco días, y jurarle que la chica era un verdadero prodigio de honestidad.

Dos días después, Mike debió enterarse de la maniobra porque me llamó por teléfono. Tras dirigirme una serie de epítetos que aguanté estoicamente, me aseguró que un cochino detective no se burlaría de él. O le proporcionaba el verdadero informe o le devolvía los quinientos.

Obvio que no hice ninguna de ambas cosas. Tres días después volvió a llamar para asegurarme que, si en un plazo de quince días no recibía mis noticias, yo recibiría las suyas. Y me prometió que sonadas.

La promesa de Mike Simmons caducaba aquella noche. Por eso, al ver la luz encendida a tal hora, me empecé a hacer a la idea.

Con un suspiro reanudé el camino. La puerta se abría quince metros más allá. Tras ella, una escalera estrecha, polvorienta y mal iluminada por la única bombilla con alguna telaraña que colgaba del techo.

Salvada la escalera, una sola planta con tres habitaciones. Ni

agujero. Oficina, comedor y dormitorio.

Mezquino todo aquello, sí. Pero yo me sentía muy a gusto. Sólo para mí, exclusiva mía, como un pequeño monopolio. Y entre aquellas paredes que se caían de viejas, me suponía el hombre más independiente del universo.

Detuve mis pasos en el rellano, unos segundos, para asegurarme de que mi automática no llevaba el seguro puesto.

Las puertas, abiertas, me invitaban a entrar en mi propia casa. Caminé hacia lo irremediable atravesando el antedespacho.

Asomé por la siguiente puerta dispuesto a capear lo mejor posible el temporal. No sería el último ni el primero.

Empecé por observar unas piernas cruzadas que no pertenecían a Mike Simmons. Cruzadas con negligencia, desde luego. Porque me permitieron admirar el principio de unas pantorrillas que, ahora sí, podía afirmar que vio eran propiedad de mi prometedor amigo.

Seguía el vestido negro, ajustado, el escote apetitoso, el rostro...

—¡Marta! —exclamé, penetrando decidido.

Ella me sonrió de una forma que se me erizaron los cabellos de la nuca. Era toda una montaña de encantos, y su sonrisa, me ofrecía con desinterés todos aquellos encantos.

Luego descruzó las piernas, para mi desgracia, y dijo:

—Hace una semana me invitaste a cenar. Como no viniste a recogerme, he decidido venir yo.

¿La había invitado? ¿A cenar? Eso debió ser cuando los dos mil quinientos estaban calentitos. Ahora no tenía más que para un bocadillo.

—Verás... —Mi cerebro trabajaba en busca de una excusa—, es que...

Sin dejar de sonreír, abrió el bolso. Me enseñó unos billetes.

—Si es por esto —apuntó burlona—, no me quedo sin cenar contigo.

Merecía que la besara. Se lo hice saber y la besé.

Estaba entregado a tan agradable tarea, cuando el teléfono se puso a bramar de manera endemoniada.

—¡Maldito Edison! —Gruñí, estirando una mano hacia el auricular.

Dije quién era yo y pregunté quién era él. Escuché una voz pastosa, suave, que inquiría:

—¿Es Cliff Burman, el detective?

—Colgado del otro extremo. Sea breve, que tengo trabajo.

—Necesito verle, es muy urgente.

La voz era de mujer, sin dudas. Y latía en ella una evidente preocupación, un temor oculto.

Vacílé, antes de responder:

—Oiga, muñeca, recibo las visitas en mi oficina... No es cómoda ni elegante, ya lo sé, pero tengo esa costumbre. Venga mañana y charlaremos.

Percibí una especie de aullido lastimero.

—¡Por favor! —susurró—. Se lo ruego... Es vital que le vea esta noche. A las diez. Se lo suplico. Le pagaré mil dólares.

Solté un respingo y el auricular peligró en mi mano. ¿Había oído bien? Sin que me diera nada de vergüenza quise asegurarme.

—¿Diez billetes de a cien?

El suspiro que llegó a mis oídos fue toda una confirmación.

—He dicho mil dólares, ¿acepta? —Y como me mantenía en silencio, añadió—: Michigan Avenue, 218. A las diez.

Y dando por sentado que yo acudiría, colgó.

Hice lo propio mirando a Marta.

—No hay cena —anuncié, escueto.

Se vino hacia mí, enroscó sus brazos sobre mi cuello, me hizo sentir la dulce tibieza de su busto palpitante, pegó sus labios a los míos y los despegó para decir:

—Eso no, cielo. Es nuestra noche.

La separé suavemente. Recompuse el nudo de mi corbata para exclamar con toda la dignidad de que pude hacer acopio:

—Los hombres que cenan a costa de las damas, reciben un feo calificativo. ¿Lo sabías? Voy a rodar por esas calles en busca de nuestro sustento. Mañana, con dinerito fresco en la mano, te invito. ¿Vale?

No. No le valía. Compuso ese mohín de disgusto tan característico en el sexo femenino. Ese torcimiento de hociquitos que les sienta tan bien.

Ellas lo saben.

Antes de que mi voluntad se doblegase y entre los arrumacos de ella se esfumaran mil hermosos dólares, le cerré la boca.

Con la mía.

Operación que repetí dos veces más. Mis explicaciones del por qué debía marcharse no la convencieron nada. Y cuando tomó la puerta seguía sin estar convencida.

Minutos después cabalgaba yo por las escaleras... Tomé un taxi en Belmont Avenue.

—Michigan Avenue, 218 —indicué, lacónico.

Atravesamos casi todo Chicago por una de sus principales arterias. Halsted Street.

La dirección que me había comunicado mi enigmática cliente, rondaba el Lake Calumet. Un sector de la ciudad por el que pululaban gentes con mucho de lo poco que yo tenía dinero.

Buena iluminación. Verdadera cascada de luz anunciando clubs nocturnos, *dancings*, *music-halls*, y algún que otro café de postín.

Aquella gente vivía, palabra.

Aparqué entre un «Sedan» y un «Nash», con más eslora que el «Queen Mary».

—Ahí está el 218 —me dijo. Y agregó, guiñando un ojo—: ¡Buen sitio, amigo!

Pagué, salté a tierra y le di un vistazo al número.

Y tan buen sitio. El «Saint-Tropez» era un antro de categoría, con honores de boîte, del que se hablaba macho en los últimos tiempos.

El portero, con más galones que un almirante, empujó la puerta de cristales y se inclinó a mi paso porque sin duda me confundía.

Los que entraban allí derrochaban los billetes. Yo entraba a ganarme uno de mil.

Ironías de la vida.

Lo de siempre. Lucecitas tamizadas que no herían la retina, música dulzona y pegadiza, «ganchos» con poca ropa y deseos de actividad, y un buen número de clientes calvos con cincuenta años en la espalda.

El otoño de la vida despertaba añoranzas de pasadas primaveras.

Me acodé en la barra pidiéndole al espigado camarero un combinado de los baratos. Me lo entregó en el interior de un vaso estrecho y alto.

Paladeé despacio, echando un vistazo a la pista... Allí había parejas que lo hacían todo menos bailar.

Sabía que no tendría que esperar mucho.

Pronto apareció en mi campo visual una espalda desnuda, de

piel suave y tersa. Tomó sitio en la barra y mientras le pedía al pelirrojo un no sé qué triple y muy seco, observé que me estudiaba detenidamente a través del amplio espejo.

Poco le duró en las manos el «no sé qué» triple, muy seco.

Dejó el vaso sobre la barra y se volvió para mirarme.

—¿Burman?

Vio mi parpadeo de asentimiento.

—Vamos a mi mesa.

La seguí, cada vez más confuso e intrigado.

Nos acomodamos muy cerca de la pista. Entonces, sin tiempo a que yo preguntara el por qué y el cómo de tanto misterio, anunció:

—Se trata de mi marido.

Nada dije. La estudié.

Nunca sabe uno la edad que puede tener una mujer, pero le calculé los treinta cumplidos. Bien llevados y mejor conservados.

Con unos ojos grandes de tonalidad verde violeta, unos labios gordezuelos y muy rojos, y un cabello negro muy brillante.

Los ojos inquietaban. Por su mirada penetrante, casi calculadora.

Di con su nerviosismo en aquel retorcimiento incesante de manos, en aquél no saber qué hacer con los dedos.

—No podía hablarme de su marido en mi despacho —manifesté, imperturbable.

Se percató de que, pese al escote en y aguda, no me impresionaba. Y es que me estaba esforzando por no impresionarme.

—Era urgente. Es urgente. De ir a su casa hubiera perdido un tiempo precioso.

Le ofrecí un cigarrillo que no quiso aceptar, seguramente porque era negro. Yo sí lo encendí, aspirando el humo con fruición.

—Seamos concretos, señora... ¡Ah! Todavía no sé su nombre.

—Lorna Drake.

—Bien, señora Drake —repetí—. Seamos concretos... ¿Qué le pasa a su marido?

Me enfocó con el inquietante verde violeta.

—Está furioso, como loco. Tengo la certeza de que esta noche va a cometer un crimen.

No salté de la silla por verdadero milagro.

—¿Un crimen? Mire, nena, lo mío son los divorcios. ¿Entiende?

Me contratan y yo reúno pruebas de la infidelidad del esposo o la mujer. No me gustan los jaleos con la policía y recientemente tuve uno. La cosa está tibia, y a la más mínima, me hacen un cucurucho con la licencia.

No se dio por vencida.

—Dos mil dólares.

Lorna era una estupenda sicóloga. O por el contrario, yo llevaba escrita en mi rostro, con meridiana claridad, mi afición innata por los billetes.

Me sentí débil. Muy débil ante sus poderosos argumentos. Me acaricié la barbilla y pregunté:

—¿A quién y por qué va a asesinar su marido?

—A Maida Preston. Por unos sellos.

Tenía los oídos hechos a las idioteces. Pero aquella estupidez se salía de lo corriente.

Un fulano dispuesto a matar una mujer —que yo me imaginé muy hermosa— a causa de unos sellos.

Desde luego, Mike Simmons era del todo normal.

—Como no son los inocentes, debo suponer que me está tomando el pelo —solté entre nubes de humo.

—Nada de eso —dijo sin dejar de apretarse los dedos—. Mi marido es filatélico y posee una colección valorada en doscientos cincuenta mil dólares. Hace tiempo que varias personas vienen interesándose por ella.

—¿También Maida?

Me miró algo sorprendida.

—En efecto. Pero es un interés especial el suyo. No quiere la colección, sino dos sellos. Según Harry, dos sellos sin valor alguno. Y esos sellos, han sido robados.

Me incliné hacia adelante. Expliqué:

—Y su marido supone que Maida los ha robado... Y su marido está dispuesto a matar a Maida por dos sellos, que según él, un entendido en la materia, no tienen valor. Oiga, ¿por qué no me cuenta una aventura del Pato Donald? Porque, según usted, hago cara de tragármelo todo.

Se impacientó, comprobó la hora, habló nerviosa.

—Trataré de que me comprenda. Mi marido recibió esos sellos hace... unos tres meses. Me dijo que se los mandaba un amigo.

Carecen por completo de valor, desde luego. Tengo entendido que forman parte de una emisión de cuatro, que un caprichoso millonario de Oriente se hizo imprimir años atrás. Ignoro cómo llegaron a manos de ese amigo de Harry, ni por qué se los regaló a él, pero la verdad es que Harry, aun careciendo de valor, los guardaba como oro en paño. Cuando Maida se interesó por ellos se puso furioso, y al serle robados, como loco.

—Oiga —silbé de repente—, ¿por qué se le ha ocurrido llamarme a mí, ofrecerme dos mil dólares... (porque me ha dicho dos mil), y contarme todo esto? Chicago tiene un montón de comisarías, y la policía cobra por algo más que hacer rondas en la calle.

—Sé todo eso —me habló en un tono algo violento—. Hace tiempo leí en el periódico algo de usted. La brillante intervención que tuvo en el caso Mortimer. Me quedó el nombre grabado y como no conozco otro detective porque nunca había necesitado de... ustedes, me he acordado de Cliff Burman.

Pensándolo con calma, no estaba del todo mal que alguien se acordara de mí a la hora de ofrecer dos mil dólares.

Pero lo que no estaba bien era que Harry pensara en matar a la infeliz Maida por los sellos del caprichoso millonario.

—Y usted quiere que yo evite ese crimen, ¿no es así?

—¿Se imagina que regalo el dinero? —preguntó a su vez, segura de que yo renunciaba a las objeciones.

—Entonces, ¿qué hacemos en el «Saint-Tropez»?

—Maida Preston trabaja aquí.

La hermosa Lorna, porque lo era y mucho, rebasaba a cada palabra las fronteras de la lógica.

Empecé a pensar que aquel asunto era muy trágico o muy cómico. La «gancho» de una boite, en funciones de filatélica, interesada por unos sellos sin valor que tenían demasiado valor.

La gente de pasta larga estaba irremediablemente chiflada.

—¿Qué hace Maida aquí? —quise saber.

—Es una «strip-teaser». El espectáculo de que forma parte empieza a las once. Harry vendrá a esa hora, estoy segura.

In mente deshojé la margarita. Tomé una decisión.

—De acuerdo —exclamé—. Me quedo aquí, veo el espectáculo, evito que su violento esposo liquide a la chica y misión cumplida.

¿Qué hay de los dos mil?

Echó mano a su bolso que colgaba del respaldo de la silla. Sacó un billete mientras yo hacía esfuerzos por no humedecerme los labios con la lengua.

—Van mil —dijo, dando a entender que me despreciaba.

Pero como yo estaba acostumbrado a que me despreciaran, no hice gestos dignos, ni pronunció frases de enfado. Metí los mil en la cartera y a otra cosa.

—Si Maida sigue con vida mientras le dura el arretrato a Harry, tendrá el resto.

Le cogí una mano. Sin delicadeza. No para decirle palabras suaves.

—¡Eh, muñeca! No hemos quedado en eso. Mañana, misión cumplida.

Se puso en pie, oscuro el bello rostro. Chispeante el verde violeta.

—Será como yo diga... ¿O prefiere devolverme los mil?

Nunca había tenido pensamientos tan absurdos. ¿Devolver los mil? ¡Ni que estuviera loco!

—Correcto, campeona. Me quedo con los mil.

Se largó al momento, sin hacer patente su desprecio con una sola mirada. Y de veras, valía la pena ser mirado por una mujer como aquélla. No importaba qué clase de mirada.

Me quedé solo con el papelito de mil.

Pronto tuve compañía. Una morena que, al inclinarse hacia mí, me hizo comprender el porqué de los rombos en la televisión.

—Cogerás una pulmonía, pequeña —comenté, sin prestarle demasiado, o muy poco interés.

—Te prefiero a ti que a los antibióticos. A tu lado estoy segura de no enfermar.

Su busto turgente, cálido y prometedor, pugnaba por huir a la opresión. Me miró a los ojos, invitándome a que hiciera el resto.

Sé lo que ocurre cuando te enredas con una de esas gatas. Le di unas palmaditas cariñosas donde ella quería y me largué rápido a la barra.

Le pedí al de las pecas otro combinado. Ahora de los caros.

CAPÍTULO II

La diferencia de precio influía en la calidad.

Me lo dije al primer sorbo. Luego empecé a darle vuelta a lo de los sellos con valor.

Cuanto antes encontrara a Maida, antes empezaría a velar por su seguridad, antes contaría con mil dólares más y...

Aquel tipo venía de cara a mí. Con pasos medidos y sin torcerse.

—La primera vez que se cae por aquí, ¿eh, amigo? —Ladró con una sonrisa que nada quería decir.

Era fofó y parecía estar hueco. Con una de esas caras que nunca definen expresiones. Que miran igual cuando ríen o lloran.

De sortijas y agujas de corbata sí estaba bien surtido. Igual que de gemelos de oro.

Me miraba de una manera absurda. Pero no me gustó la manera.

—¿Es usted *maitre*? —le pregunté por decir algo.

Me enseñó los dientes. También llevaba oro en la boca.

—Cliente privilegiado, mejor —respondió—. ¿Le gustan las emociones fuertes?

—Depende —divagué, depositando el vaso sobre el mostrador.

—Se lo va a pasar como nunca —insistió.

—No está de más conocer cosas nuevas —apunté cauteloso, imaginando ya adonde me llevaría—. Pero que se salga de lo corriente, ¿eh? Uno empieza a cansarse de ver siempre lo mismo.

—Novedad garantizada —habló muy convencido—. Son setenta y cinco dólares.

¿Y eso qué? Yo tenía mil. Me volví hacia el barman para abonar mis dos consumiciones, suponiendo que no le habría pasado por alto mi ignorancia en el pago de la primera.

—Si la cosa no es de mi agrado —le dije a la mina de oro

andante—, ¿me devuelve los setenta y cinco?

—No habrá lugar a eso.

Y acto seguido dio un vistazo a su alrededor como si temiera que alguien hubiese escuchado la conversación.

—Vamos —dijo luego.

Fui tras él, serpenteando mesas y apartando parejas que tomaban el lugar por algo parecido al Sahara. Rebasamos la pista, el escenario y nos metimos por una escalera alfombrada.

Franqueamos la primera puerta, para lo cual mi acompañante recitó una consigna, avanzando por un pasillo que había decorado un émulo de Picasso.

Nueva puerta, nuevo perro de presa, nueva contraseña, y metidos de lleno en el asunto.

Era una sala de reducidas proporciones con paredes de cuatro tonalidades distintas. Rojo, negro, amarillo y azul. Con muchos dibujos de Eva recién arrojada del Paraíso.

Y cinco hileras de mullidas butacas. Me señaló una y tendió la mano en espera de los setenta y cinco.

—Cliente privilegiado... —me burlé—. ¿O agente del fisco?

De todas formas, coticé el precio de la novedad garantizada y él se largó. En busca de más clientes, sin duda.

El espectáculo comenzó puntualmente. A las once.

Abandonó el tocador y se volvió para mirarme de frente. Ahora con interés. Diría que con demasiado.

Hubo revuelo de transparencias sin abrochar y se me formó un nudo en la garganta.

—¿Qué clase de idioteces está diciendo? —preguntó poco amable—. Déjese de crucigramas y suelte lo que sea con claridad.

—Mi filatélica amiga —desgrané las palabras con lentitud para que penetraran bien en su linda cabecita y le dieran que pensar—, su excesivo interés por dos sellos sin valor, han impulsado a una persona a pagarme mil dólares para que vele por su seguridad. Vamos a estar mucho tiempo juntos, acepte la sugerencia de irse acostumbrando a mi compañía. ¿Tan desagradable me encuentra?

Sus ojos negros como el azabache, profundos y misteriosos, chispearon con brillo extraño.

La inesperada pregunta que brotó de sus labios no dejó de sorprenderme.

—¿Qué sabe usted de esos sellos?

Harry Drake no estaba tan chiflado como había creído en un principio. Ella se había impresionado al nombrarle los sellos.

Mi pensamiento dio su primer paso en aquel escabroso asunto. Los sellos carecían de valor filatélico, y, sin embargo, un coleccionista se ponía furioso al ver que se los habían robado y una «strip-teaser», cuya profesión nada tenía que ver con la filatelia, se intranquilizaba al oírlos nombrar.

¿Cuál era su valor real?

—Nada —contesté—. No soy monomaniaco, no tengo «hobbys», no colecciono más que facturas cuya fecha de pago retraso hasta lo imposible. Pero a usted parece interesarle el asunto. ¿Me puede explicar la relación que existe entre las hojas de parra y la filatelia?

Aquel cruce de preguntas y respuestas era un mutuo tanteo.

—Lárguese ahora que está a tiempo, maldito entrometido —silabeó venenosa—. ¡Lárguese de una vez, estúpido!

Me aproximé a ella, cansado de tanto insulto, con deseos incontenibles de abofetearla.

Pude dominar mis nervios. La sujeté por los hombros con cierta dureza. Anuncié:

—No me importan sus retorcidos intereses, no me importan los sellos ni el jaleo que con ellos se traen ustedes, pero atienda bien, provocadora muñeca... ¡Me importa, y mucho, ganar mil y asegurar otros mil! ¿Entiende? La voy a vigilar, quiera o no quiera.

Me fulminó con la mirada. Apretó los dientes. Gritó:

—¡Suélteme! ¡Imbécil, me está haciendo daño!

Como me retrasaba en complacerla, roció mi rostro con su saliva. Entonces se la ganó.

No le di fuerte porque me entristecía estropear tan hermosa porcelana, pero sí lo suficiente para que trastabillara y tomase asiento en contra de su voluntad.

Se revolvió como una tigresa, mientras su diestra volaba hacia el cajón del tocador.

Sabía lo que buscaba. Un diminuto 6,35 de nacarada culata. Como un juguete. Pero a corta distancia sus efectos eran idénticos a los de un 45.

Le aferré la muñeca cuando sus dedos rozaban la culata.

Ya no sé más. Calculo que me golpearon la nuca con una

cachiporra de arena. Alguien que abría puertas con sigilo y pegaba duro.

El firmamento entero desfiló ante mis o los burlándose con sus guiños luminosos. Luego rodé por un caos de tinieblas.

Recuerdo que aquella oscuridad me resultó agradable. Avancé por ella a velocidad vertiginosa.

El fin. El silencio.

Uno piensa muchas veces que la vida es un inmenso ajedrez de enormes cuadros blancos y negros.

Que uno interviene en la partida de la vida movido por los caprichosos dedos de un jugador veleidoso llamado destino.

Pero cuando uno emerge de las tinieblas, asoma las narices por encima del tablero y ve que los cuadros blancos se han teñido de rojo, de rojo sangre, piensa que la vida es un ajedrez trágico.

De reyes con pies hundidos en el cieno y peones con manos sádicas. Unos ríen, mientras otros matan. Pero sienten igual, son los mismos.

Ahora, el cisne estaba muerto de verdad. Con un feo agujero en su nacarada garganta.

Un orificio negro que escupía un líquido viscoso de color escarlata.

Renuncié a la filosofía porque ella no es realidad. Me froté el chichón que como una nuez había surgido en mi nuca.

Contemplé lo que fuera una hermosa mujer. Tendida a pocos pasos de mí. Tan lejos de la vida como los dos mil de mi bolsillo.

Y en medio de la confusión que se creaba en mi cerebro, tuve lucidez para dedicarle un pensamiento al amigo Mat Rawlings.

Honorable miembro de la Brigada de Homicidios.

Un tipo que albergaba la esperanza de verme en presidio por el resto de mis días. Tres semanas atrás me había ofrecido toda clase de garantías acerca de un hospedaje indefinido por cuenta del Estado y de un traje a medida, gris, con número de cinco cifras.

Su oportunidad.

Fui lo suficiente temerario como para acercarme al cadáver. El buen sentido y el instinto de conservación se desgañitaban en mi interior vociferando la urgente conveniencia de emprender un rápido vuelo.

Miré su rostro. Contraído ahora por el rictus repulsivo de la

guadaña.

Y al punto me quedé atónito. Estupefacto. Perplejo.

Sobre la frente de Maida Preston, el asesino había pegado un sello.

De doble tamaño a los que se usaban normalmente para franquear la correspondencia.

He de confesar que nunca, nunca, había visto nada semejante. ¿Qué clase de macabra ironía se encerraba en un hecho tan absurdo?

Me incliné hacia ella. Observé el maldito sello. Reproducía un harén con varias esclavas cubiertas de velos que agasajaban al sultán desprendiéndose de aquéllos.

Un detalle llamó poderosamente mi atención.

Tres letras en tinta roja con desigual trazo: SOE. Y era indudable que aquélla sílaba nada tenía que ver con la impresión. La habían escrito a mano.

Despegué el sello cuidadosamente guardándolo en el bolsillo. Perder un segundo más, dejaba de ser temerario. Era suicida.

Pero la puerta se abrió antes de que yo lo hiciera. Me dio un vuelco el corazón. Si Rawlings estaba al otro lado, alguna florista cobraría buenos dólares por mis coronas.

Lorna Drake me mandaría una, seguro. Marta otra, también seguro.

Salté a un lado. La hoja de madera me ocultó unos segundos al terminar de abrirse.

No era el teniente. Por los calcetines hubiese sido capaz de reconocerle.

Vi de soslayo un rostro de gorila. De frente, unas espaldas de Tarzán. Si él veía las mías se iba a tronchar de risa, y de verme el rostro, o lo machacaba, o se lo describía al teniente rasgo por rasgo.

No había opción. Saqué la automática.

Cuando el simio se inclinaba silencioso para observar el cadáver, di el salto. Caí sobre él con toda la fuerza de que era capaz. Le administré una dosis de la misma medicina que tomara yo poco antes.

Pero él tenía más resistencia. Asimilaba la «leña» con más entereza.

Quiso revolverse, y entonces accioné la culata de arriba abajo

con potencia demoledora.

Se resistió unos segundos. Ahogó un ronquido en la garganta. Terminó tendido muy cerca de Maida.

No me preocupé de nada más. Sólo de correr. Atravesé pasillos y puertas, hube de forzar una, bajé de tres en tres los alfombrados peldaños, recompuse mi aspecto lo mejor que pude, asomé a la sala y busqué la salida con pasos moderados.

El portero volvió a inclinarse. Sentí lástima de él, y sin pensar que nadie la sentía por mí cuando no tenía un centavo, puse un dólar en su mano.

Una brisa fresca me azotó en algo que me supo a suave y deliciosa caricia.

Me paré frente al luminoso de un cine para encender un pitillo.

Experimenté un gran alivio al notar mis pulmones llenos de humo. Lo expulsé despacio, recreándome.

Empecé a pensar. En la mujer de un filatélico sicópata que me había dado mil dólares para que me encargara de evitar que su marido se convirtiese en un asesino.

Y en un cisne con espléndidas formas de mujer.

Sin hojas de parra. Con «deshabillé» y un agujero en la garganta.

Con un sello en la frente.

El violento Harry me la había jugado bien. Cargarse a la chica en mis narices y reducir mi patrimonio a cero tenía caracteres de cochinada con c mayúscula.

La policía podía obrar como quisiera, pero yo le haría tragar el sello.

¿Sello?

Algo no encajaba. Suponiendo que Harry hubiese liquidado a Maida por creerla autora del robo, ¿por qué le había pegado el sello en la frente? ¿No era eso lo que precisamente buscaba?

Nada tenía lógica en aquel asunto. Ni Lorna, Maida tampoco, su muerte menos, lo del sello en su frente absurdo, y yo, ¿qué cuernos pintaba en todo aquello?

Los dos mil dólares. Eso tenía la culpa de que me viera involucrado en un asesinato.

¿A qué pensar más? Harry Drake me daría la explicación. Digo si me la daría.

Vi un bar de regular aspecto y me fui puertas adentro. Nutrida la

concurancia y muy alborotada. Vociferaban, cantaban, se besaban unos y otras, fijaban precios y se largaban a la calle.

Un fulano apergaminado que se encogía para no rozar el techo, estaba empeñado con un tango de Gardel.

Un grupo de guasones le habían dicho que cantaba bien para partirse de risa escuchando su voz aguardentosa.

Lo de «Tomo y obligo, mándese un trago», le había llegado al alma. No hacía más que repetirlo en cada estrofa.

Al otro lado del mostrador se movía un mamarracho con melenas a lo «beattle». Servía los vasos al compás de la música estridente que brotaba de la máquina de discos.

—Un «Gold Label» con soda —me fui a lo alto, consecuencia de la euforia que me proporcionaban los mil.

La única forma de no devolverlos era gastarlos. No obstante, aparté trescientos para cenar con Marta.

Mis promesas eran sagradas. Si no, que se lo preguntaran a Mike Simmons.

Antes de poner el vaso frente a mí, se contorsionó tres veces. Eso eran pasos de música moderna.

—La guía de teléfonos —pedí tras el primer sorbo.

Tres nuevos movimientos y tuve el volumen. Me dieron ganas de soltarle un puñetazo. Pero como tenía asuntos mucho más importantes, dediqué mi atención al mamotreto.

Solté un silbido. ¡Vaya con el tipo! Nada menos con domicilio en South Boulevard.

Al otro extremo de Chicago. Latifundio de magnates, productores del séptimo arte, afortunados herederos, genios de las finanzas, etcétera.

Sólo vivían allí quienes tenían por unidad de su capital el kilómetro cuadrado.

Me quedé con las señas, le devolví el anuario al mamarracho, aboné la consumición y salí del antro cuando el apergaminado la emprendía con «Yira, Yira».

Tuve un romántico pensamiento para Carlos Gardel.

Viajar en coche empezaba a gustarme. Era más cómodo que hacerlo en el «suwbay», bastante más.

Alcé una mano y la enorme carrocería vino a mi encuentro.

CAPÍTULO III

El taxi me dejó una cuadra más arriba.

Retrocedí unos metros, contemplando la sucesión de palacetes con un gesto estúpido en el rostro.

Como el más bobo de los turistas.

Lo que William Wyller y C.^o nos mostraban a través del Cinemascope no era del todo fantasía. Existían aquellas mansiones de ensueño.

Teléfonos a cada palmo, salas de té, biblioteca, el despacho del opulento millonario, los ayudas de cámara, los etiquetados mayordomos. Todo eso se encontraba allí dentro.

Fango en el fondo. Basura.

Un mundo sofisticado mezcla de engaño y apariencias. Un círculo en el que se era lo que no se era. Fachada, puro barniz. Bastaba rascar un poco con la uña del dedo meñique para tener la porquería a flor de piel.

Yo, Cliff Burman, paupérrimo detective, no cambiaba lo que algunos llamaban agujero infecto y asqueroso por aquellas mansiones de ensueño.

Un poco de sus billetes, la verdad, sí me hubiera gustado tenerlo.

La quinta de mi amigo, el filatélico asesino, empequeñecía la imaginación de los hollywoodenses.

La rodeaba un jardín con visos de selva. Con cierta semejanza a los Everglades.

Con su riachuelo particular que debía costarle un ojo de la cara. Como cifra base el millón; de ahí, para arriba.

Estanques, canalillos, azucenas, nenúfares, floridos arriates, glorieta umbrías, castaños, robledales, madre selva... ¿Para qué

seguir? El no va más.

El garaje solamente parecía un hangar de cualquier aeropuerto de segunda categoría. Las piscinas no me molesté en contarlas, ni los campos de golf, ni los de tenis. ¿Qué me importaba a mí?

A Lorna le iba a decir unas palabritas. Ofrecerme dos mil, dos mil cochinos dólares, siendo propietaria de semejante península.

Esa recopilación la efectué sobre la marcha. Mientras iba pisando el sendero de gravilla arenosa que conducía a la puerta principal.

Rompí el hilo de mis cavilaciones cuando empecé a comprender que algo no marchaba del todo bien por allí dentro.

Los «cops» uniformados. Los de paisano de un lado a otro, linterna en ristre. La anormalidad que pesaba en el ambiente.

Causa y efecto de que llegara a la conclusión de que algo no iba bien.

Los coches que surgieron ante mis ojos acabaron de convencerme. Lucían un letrero rojo en el que se leía: Police.

Una echadora de cartas me había aconsejado pocos días atrás que evitara topar con esa clase de vehículos.

De mucho antes ya les tenía alergia.

Presentí, no sé por qué, un inmediato encuentro con Rawlings. Pero de acuerdo con el conducto reglamentario, me las tuve primero con uno de sus subalternos.

—¿Eh, quién anda ahí? ¿Quién es usted? ¿Busca algo?

Siempre las mismas preguntas. Aquellos tipos no evolucionaban de acuerdo con la época. Lo mismo que me hubiese preguntado un bigotudo agente del mil ochocientos.

Inveteradas fórmulas.

—Voy a llevarle a mi abuela queso, un pastel y esta jarrita de miel.

No tenía sentido del humor. El chiste no le hizo ni pizca de gracia.

—Levante las zarpas, «caperucito» —me ordenó.

Obedecí. Cuando se cansaban de preguntar tiraban del gatillo.

—Tipo listo —oí que me decía, porque se encontraba fuera de mi campo visual—, suelte otra ocurrencia y lo taladro. Le he preguntado lo que busca por estos lares.

—Al teniente Rawlings —contesté en plan de pitoniso—. De

todas formas, me van a llevar hasta él.

—¿Cómo sabe que está aquí?

—Es mi sino. Los dos somos peones del tablero, jugamos la misma partida.

Sin verle la cara lo sabía lo suficiente idiota como para no comprender mis depuradas filosofías.

—Camine hacia adelante, majadero. Y no olvide que lo sigo con una pistola en la mano.

—De acuerdo, hijo —rezongué—. No quiero morir. Camino adonde tú quieras.

Obraban con mayor rapidez de la que yo suponía...

En un abrir y cerrar de ojos, tuve frente a los míos el nauseabundo rostro de Mat Rawlings.

Sus truculentas facciones, el caído sombrero y las anchas solapas de su saco gris oscuro, le prestaban aires de matón de telefilm de serie.

—Usted es como los buitres —fue su acogida—, olfatea los cadáveres a distancia, ¿eh? Porque si la memoria, no me es infiel, esto queda bastante lejos de esa porquería que llama su oficina, ¿no?

—Si no se me acusa de nada —gruñó, asqueado—, dígle a ese cerdo que se retire de mi espalda y deje de apuntarme con el pistolón. Empiezo a ponerme nervioso.

Masculló una orden. Nos quedamos solos a la entrada del edificio. Entonces hablé de nuevo.

—¿Qué significa eso de los cadáveres?

—Aquí hay uno.

—Faena para la Morgue. ¿Quién es el occiso?

Pese a la escasa luz, pude observar que el rostro del teniente se congestionaba.

—Hace tiempo que se la está buscando, pesquisa... —dijo ominoso, sin responder a mi pregunta—. ¿Qué se le ha perdido por acá?

Sonreí para irritarle más.

—Morboso que es uno. Experimento una debilidad innata por los muertos. Me embeleso contemplándolos. Yo lié preguntado primero, ¿no? Usted contesta a la mía, yo respondo a la suya. ¿Abrimos una tregua en las hostilidades?

Sabía que trataba de contenerse para no saltar sobre mí. Eso me producía un enorme regocijo.

—Han asesinado a Harry Drake —logró responder a duras penas—. Y ahora, por última vez: ¿qué busca en esta casa?

La noticia dejó paso a un lapso de silencio que empleé en meditar. Mi teoría y un parto de dos meses los definía el diccionario con la misma palabra. Drake, «fiambre», Maida asesinada. ¿Cómo encajaban las piezas ahora?

Dos sellos. Dos muertos. ¿Dos criminales?

—He venido a entrevistarme con la esposa del finado ignorando el estado de su marido —respondí, saliendo de mis confusas meditaciones—. Es mi cliente.

—¿Qué clase de trabajo?

—Usted me confunde, teniente. ¿Dónde queda mi honorabilidad profesional si le respondo? —Cada palabra era pura ironía—. Pregúntele a ella.

Rawlings me apuntó con el dedo de acusar. Como un fiscal en plena solicitud de pena máxima.

—Hay un muerto de por medio, fisgón —soltó con ahogada rabia—. No tolero intromisiones ni estoy dispuesto a consentir sus estúpidos sarcasmos. ¿Entiende bien? ¿Qué hay entre usted y la señora Drake?

Enseñé la palma de ambas manos. Limpio de culpa.

—Pregunta capciosa, sabueso. ¿Qué trata de insinuar?

Y como si un juez hubiera pronunciado el «no ha lugar», rectificó los términos con que me había interpelado.

—¿Para qué contrató sus servicios la señora Drake?

A mi conveniencia, en el uso legal del color de mi prisma, invertí los términos de la frase tantas veces escuchada por Rawlings.

O sea me evadí con esta respuesta:

—Sólo hablaré en presencia de mi cliente.

Si el teniente era un vaso, mis palabras fueron la gota que lo colmó. Estoy seguro de que abrió los labios para exteriorizar la opinión que tenía de mi honorable progenitora.

Se contuvo en el último instante.

Hizo bien. De soltar lo que yo pensaba que iba a soltar, dos muelas y un colmillo hubieran causado baja en su dentadura.

—La señora no se encuentra en condiciones de recibir a nadie —

masticó las letras como si fueran goma hinchable—. Ha sufrido un golpe muy duro.

Me encogí de hombros. A cada cual sus penas.

—En este caso, Rawlings, soy alguien. Lo de «nadie» no va conmigo.

En aquel punto nos interrumpió un elemento con ojos de búho y aspecto de enterrador. Traía un maletín negro en la diestra. Supuse por ello que era el forense. Y de lo uno a lo otro...

Dijo en tono profesional:

—Herida de bala. Muerte instantánea. Le han disparado a menos de dos metros. Los expertos en balística confirmarán que el proyectil lo expulsó un «38». El asesinato se ha cometido entre diez y once. Que levanten el cadáver para proceder a la autopsia. Le enviaré mi informe.

Dio media vuelta y se esfumó balanceando el maletín.

—¿Enterado de la versión oficial? —inquirió el teniente mirándome con dureza.

—Correcto. ¿Vemos a la dama?

—Si me puedo agarrar a la raíz de un cabello —estiró el cuello amenazador—, lo encierro, Burman. ¡Por éstas! —formó una cruz con pulgar e índice— que lo ¡encierro!

Giró en redondo y echó escaleras arriba. Lo seguí.

El *parquet* crujió suavemente bajo nuestros zapatos, o éstos crujieron sobre aquél. Sea lo que fuere, un ruidito desagradable nos acompañó hasta una estancia alfombrada.

Cuanto había allí dentro costaba un fortunón.

Dos enormes vitrinas conteniendo vasijas, floreros y botellas de cristal tallado, estatuillas y objetos de arte. Cuadros de firmas más que cotizadas lindando, en un alarde de mal gusto, con aberraciones subrealistas. Una mesa de nogal tallado con artísticas molduras. Sillas y varias butacas.

—Espere aquí. Veremos si quiere recibirle.

Me dejé caer en una de las butacas con todo el peso de mi naturaleza. Rocé el suelo con las posaderas y volví a la superficie.

Cabalgué pierna sobre pierna, prendí un cigarrillo, me dispuse a esperar con la más indolente de mis expresiones.

Lorna, ¿cómo no?, quiso recibirme.

Las lágrimas no sentaban bien al verde violeta de sus ojos; Ni

aquel vestido ancho y cerrado hasta el cuello, de riguroso luto, a sus curvas rotundas y armoniosas.

Harry había sido un tipo antipático. Por su afición a los sellos peligrosos, puede que por su indirecta intervención en la muerte del cisne, por hacer llorar a una mujer como Lorna.

—¿Contrató usted a ese tipo, señora Drake? —le preguntó Rawlings, mirándome por el rabillo del ojo.

Sacó un pañuelo de encaje del interior de su manga. Enjuagó el copioso llanto. Cayó sobre una silla mirándonos con expresión ausente.

—Sí —respondió mecánicamente—. Esta noche.

—¿Para qué? —insistió el terco de Rawlings.

—Quería asegurarme de que Harry no cometería ninguna torpeza. El robo de los sellos lo tenía como loco, hablaba y hablaba de esa mujer... temí que fuera a...

Rompió en llanto y sollozos. Le dije al teniente.

—Usted sí que es un buitre. Le gusta hurgar en las llagas ajenas, ¿eh?

No escupió el taco obsceno que tenía a flor de labios porque, pese a todo, se daba cuenta de la presencia de una dama.

Pero sus ojos fueron del todo expresivos. Vaya que sí.

—¡Cállese de una vez, fisgón! Aquí, ¿me entiende?, hablará cuando yo le pregunte.

Crucé los brazos. Sonreí infantilmente.

—Correcto, sabueso.

Se volvió hacia ella.

—Señora Drake... —Trató de ser suave pero no le salió demasiado bien—, ¿qué trabajo le encargó a ese... hombre?

La voz de Lorna sonó débil, insegura.

—Le dije que vigilara a Maida Presión para evitar que mi esposo le hiciese algún daño.

Rawlings se mantenía a la carga como un infante de marina.

—Y el sello, ese que le han pegado a su marido en la frente...

Salté de la butaca como impulsado por un resorte.

—¿Cómo ha dicho, teniente? —Fue lo mío pregunta y exclamación—. ¿Harry Drake tiene un sello pegado en la frente?

Mat Rawlings me miró fijo. Se ponía en guardia. Frunció el entrecejo antes de preguntar:

—¿Qué diablos sabe usted de los sellos?

Ahora fui yo quien se puso en guardia.

—Ni media, teniente. Tengo mucho que decir, o poco, según usted colabore.

Lorna Drake se puso en pie. Se acercó hasta mí tendiéndome mil dólares.

Algo funcionaba con deficiencia en mi cerebro porque vacilé al tomar el billete. Pensé en el jardín, en los cuadros... metí en el bolsillo el crujiente papelito.

—Es el resto —me dijo. Luego miró a Rawlings, le preguntó—: ¿Puedo retirarme?

Contestó que sí. Se marchó silenciosamente y de nuevo quedamos solos. Escrutándonos con detenimiento, tratando de adivinar los mutuos pensamientos.

Se rindió él, porque fue el primero en soltar la lengua.

—Hable Burman.

—Primero me enseña el cadáver. Luego le regalo los oídos.

—Usted es una verdadera tentación para mi paciencia —masculló sin apenas abrir la boca—. Terminaré por partirle la cara. Delo por hecho.

—¿Veo a míster Drake?

No quiso decirme que sí, pero salió de la estancia seguro de que lo seguía.

Fuimos a parar a un despacho biblioteca. Con muchas estanterías llenas de libros, una mesa enorme, un juego de butacas, y un muerto sobre la tupida alfombra.

Miraba al techo con ojos vidriosos. Sus pupilas parecían dos pedazos de cristal. También tenía un agujero en la garganta, como Maida.

Sin duda, el asesino lo había sorprendido cuando iba camino de la mesa. Drake, apercebido de su presencia habíase vuelto, y entonces, el otro debió apretar el gatillo.

Estaba entre las dos butacas, ligeramente los brazos en cruz, con la cabeza casi debajo de la mesa.

Pero el sello, el maldito sello, lucía sobre su frente.

—Ahí lo tiene.

Crucé en medio de los dinámicos jovenzuelos que esparcían polvos por todas partes, que husmeaban por cada rincón, que

ojeaban libros con aire de aburrimiento.

Pura rutina. Nunca sacaban nada concreto de tanto formulismo.

Me inclinó hacia el que había dejado de ser Harry Drake. Observé con la mayor atención el recuadro de papel adherido en su frente.

Exactamente igual al que el asesino había pegado en el cadáver de Maida Preston.

Sólo un detalle. Sólo una diferencia. La sílaba escrita en tinta roja.

Ésta decía: *RROC*.

Para mis adentros compuse una palabra: *SOERROC*. Absurdo. Incoherente. ¿Qué siniestro significado escondían aquellas letras?

Regresé junto a Rawlings confuso y meditativo. Todo aquello se salía de lo corriente en materia de criminología.

Y me constaba que lo más absurdo, lo más incomprensible, tenía siempre su explicación.

Aquel asesino filatélico no mataba por matar. Lo hacía por algo. ¿Por qué?

Seguro que eso mismo se preguntaba el teniente.

—Le escucho, pesquisa —gruñó junto a mi oreja.

Lo repasé de arriba abajo.

—Le voy a ser sincero, Rawlings —anuncié con irónica sonrisa—. Usted me da asco, su sola presencia me produce arcadas, su nauseabunda humanidad le sienta a mi estómago como un revulsivo. Pero también me da lástima, palabra que me la da.

Esta vez no supo contenerse. Parecía al borde de un ataque apoplético cuando me trincó por las solapas zarandeándome con violencia.

En rápido movimiento de judo pasé mis brazos por entre los suyos, me deshice del agarrón y le pasé una muñeca a la espalda empujando hacia arriba.

Seguí presionando hasta que soltó una ahogada exclamación.

—La próxima vez que me ensució el saco con sus pezuñas —le recité soltando el aliento en su cara—, tiene hospital para una temporada. Empiezo a cansarme de sus insultos pero se los tolero, pero zarandear, zarandea a su...

Me callé por no ofender a las inocentes.

Rawlings estaba pálido como la cera. Pese a sus bravuconadas y

sus gritos, temía a los hombres como yo.

Porque los hombres como yo no temíamos a nadie. Con mucho que ganar y poco que perder.

Desvió sus ojos de los míos. Preguntó con cierta sumisión:

—¿Qué sabe de este asunto, Burman?

Ahora, de veras, me dio lástima.

—Maida Preston, la mujer que debía vigilar por cuenta de Lorna Drake, ha sido asesinada. Con la misma técnica empleada con Harry Drake.

Tardó en asimilar. Entretanto le puse al corriente de lo sucedido desde el momento en que Lorna me había llamado por teléfono.

Murmuró con desaliento:

—Maldita sea mi estampa..., ¿por qué yo?, ¿por qué me toca siempre a mí?

Nada dije.

—¿Continúa con el caso?

—No tengo ninguna razón para ello, ni suelo trabajar por amor al arte. Si me pagan hago un trabajo, depende de la clase de trabajo, claro. Si no me pagan, ¿qué pinto yo en el asunto?

Cuando iba a despedirme apareció Kent McBryan. El fiscal. Un tipo que lo sabía todo y que gozaba amargándole la sopa a Mat Rawlings.

Como los buenos artistas me esfumé por el foro.

Se lo había dicho a Lorna, misión cumplida. ¿Qué demonios me importaba a mí que un maniático homicida corriese por la ciudad colocando sellos en la frente de sus víctimas?

Eché un último vistazo a la mansión de los Drake. Qué distinta me pareció. Siniestra, tétrica.

Oliendo a cadáver.

La noche siguiente cenaría con Marta. A pan y cuchillo. Reverencias, camareros con pajarita, y un buen *show*.

Luego, la acompañaría a su casa...

Pensaba en eso a diario. Me dormía cada noche imaginando cosas muy parecidas.

«Mañana será un buen día, Mat. Tendrás el caso que esperas, tendrás los dólares que necesitas para cenar con ella».

El despertar era duro. Sin caso, sin dólares, sin cena.

Y ahora, sin embargo, me quedaba indiferente. Camino de la

realidad, soñar me parecía mejor. Mientras uno imaginaba, las cosas eran hermosas, a gusto de uno.

¿Vivir de sueños? Los tipos como yo no podían vivir de «eso».

Detuve mis pasos, furioso conmigo mismo. Con las absurdas filosofías, con la literatura barata que desde hacía tres horas llenaba mi cabeza.

¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Acaso me sentaba mal embolsar dos grandes con tanta facilidad?

Descubrí que no era eso.

Los muertos. Los sellos del millonario oriental. El enigmático asesino. El fracaso con Maida.

Lo sucedido en las tres últimas horas giraba en el interior de mi cerebro cual confusa vorágine.

¡Al cuerno todo!

CAPÍTULO IV

Decididamente, Mike Simons no iba a cumplir su promesa.

Hurgué en eso mientras subía por la oscura y silenciosa escalera. Para zafarme a peores pensamientos.

Pero al abrir la puerta, volví a lo de Lorna. A su llamada angustiada. A su incomprensible historia de los sellos sin valor.

Los mismos que él asesino había pegado en la frente de Maida y de Harry.

¿Por qué?

Di vuelta al interruptor.

No, esta vez no. No eran las piernas de Marta.

Aquellos fulanos debían tenerlas muy feas. De aquí que usaran pantalones. Pero más me fijé en las pistolas.

Cada cual la suya y a matar lo que se pueda. Eso parecían decir sus aviesas miradas.

Imaginé la desagradable impresión que ofrecería con un agujero en la garganta y un sello en la frente.

La oficina de Correos en peso había venido a franquear mi cadáver.

El de rostro cetrino me dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Se recoge tarde, amigo. ¿Alguna golfa trasnochadora?

Traía el pelo engominado. Partido por una raya a lo Rodolfo Valentino. Gastaba camisa de killer, negra, corbata clara y terno azul eléctrico.

—¡Oh! —me lamenté burlón—. ¿Les he hecho esperar mucho?

—Me gustan estos tíos, Pat. ¿Lo ves? ¡No se agallinan! Con toda la barba y reaños.

El que había dicho eso era un fulano alto y escuálido. Con una cabeza que parecía un dirigible. Por entre sus labios gruesos

asomaban dientes de roedor.

Una auténtica rata de cloaca.

—Veo que formo parte de la fiesta —dije sin abandonar el tono zumbón, mirando a «cara de rata» por el rabillo del ojo—. ¿De qué se trata?

Me respondió «Rodolfo»:

—Alguien quiere verte, pesquisa —tararé—. Un hombre importante.

Hice un balance de posibilidades que arrojó un saldo pasivo. Liarse con tres «gatilleros» que se habían licenciado del ejército conservando la «artillería» le caía que ni pintado al «007».

A mí, no. Yo era de este mundo. No tenía licencia para matar pero podía tenerla para morir.

Me burlé:

—¿Y a santo de qué merezco tal honor?

«Cara de rata» se impacientó.

—¡Pat!, ¿a qué tanta charla?

Pat, alias «Valentino», y quién sabe si alguno más, dijo muy cumplido:

—El señor tiene derecho a saber por qué hemos venido. No seas impulsivo, Tony —y encarándose conmigo, añadió—: El honorable Martino nos ha rogado que viniéramos a recogerlo.

—¡Qué amable! —Sonreí—. Y ha querido asegurarse de que no me negaría a charlar con él, ¿eh?

—Exacto —asintió el llamado Pat—. Martino hace las cosas bien. No tolera errores ni desatenciones.

Aunque me mantuviese en aquella actitud de chanca, la procesión iba por dentro.

Basile Martino era el propietario del «Sain-Tropez». Y ahí no terminaba la historia.

Martino hablase convertido en el zar del hampa de Chicago desde el minuto en que Capone expiró en Alcatraz. Controlaba el bajo mundo del sector suroeste de la ciudad.

Si él metía las narices en algún asunto, sin duda, era cosa gorda. Sus actividades, pese a poseer la más nutrida pandilla de pistoleros de toda la nación, eran pacíficas.

Se limitaba a cobrar.

El cincuenta por ciento. La mitad justa y exacta de las ganancias

que obtenían cuantos trabajaban al margen de la Ley. Y sus contables, eran verdaderos expertos. No les pasaba por alto ni un centavo.

Quien quisiera trabajar en su zona, tenía que pagar. Sin contrariedad, sin un gesto de malhumor.

Algunos tuvieron la idea de echarle abajo del pedestal. Caro precio el que pagaron a su equivocación. Martino había tejido a su alrededor una red tupida que tenía su base en el cohecho, el soborno, la influencia política, y por último, el asesinato.

Meditado todo esto, resistirse era inútil.

—Bien —dije, cerrando el capítulo de mis reflexiones—. Cuando ustedes quieran.

El número tres de los «gatilleros», hasta entonces en silencio, se me acercó. Un tipo con cara de asesino nato. Su profesión era matar y cumplía sin meterse en mayores averiguaciones.

Dejé que me cacheara sin oponer la más leve resistencia. Se hizo con mi automática.

Entonces, Pat, me señaló la puerta.

—En marcha —ordenó lacónico.

Salí a la calle prudentemente escoltado.

—Por aquí, fisgón —me señaló «cara de rata».

Tenían su «carro» al otro extremo de la callejuela.

Marchamos hasta él en silencio. Pat, se puso al volante. Yo pasé detrás, sentado entre el silencioso y Tony.

No guardaron sus pistolas. Todo lo contrario. Metieron el cañón de ambas contra mis riñones actitud que no varió en el transcurso del trayecto.

Tomamos dirección opuesta al «Saint-Tropez». Supuse que nos dirigíamos al cuartel general.

Poco más de media hora duró el recorrido.

Habíamos dejado atrás Wilmette, alcanzando la general de Cleveland por Green Bay Avenue.

La residencia de Basile Martino se alzaba frente al mar. Lindando con una hermosa playa artificial y teniendo por fondo una espesa arboleda.

Junto a la entrada había aparcado un enorme «Cadillac». Pasamos cerca de él, y bordeando la arboleda, fuimos a detenernos frente a la puerta posterior.

Pat, hizo sonar el claxon tres veces.

Nos dieron paso. Allí se terminó el viaje.

Del garaje, por una escalera de caracol, pasamos al edificio. Minutos después fui llevado a presencia del «Intocable».

Jamás había contemplado mayor alarde de mal gusto, fastuosidad, derroche de pasta y excentricidades, reunidos en un cuadro de seis metros por lado.

Juego de espejos, luces en las paredes, mueble bar, armarios, gramolas, cuadros horrendos, una mesa enorme de caoba y un sillón de elevado respaldo que no le andaba a la zaga.

Allí, sentado, mordiendo la punta de un largo habano, estaba Basile Martino.

—Adelante, Burman —me sonrió—. Como en su casa. ¿Un trago?

Lo estudié en silencio.

No era demasiado alto ni demasiado joven. Pero su musculatura, su elasticidad de miembros, su construcción atlética en la que no sobraba ni un gramo de grasa, dejaban sentado el trato especial que daba a su físico.

Dedicaba quince minutos diarios, por lo menos, a ejercicios de sueca. Y un par de horas cumplidas a la práctica de varios deportes.

Mostraba unos dientes blancos al sonreír. Estaba rasurado como si hubiera de visitarle una dama. Su aspecto era jovial, y los rasgos de su rostro correctos, casi agradables.

Por último, vestía con elegancia. Sin chabacanería.

—Si es «Ancestor» —contesté a su invitación tras el minucioso estudio—, acepto.

Le dirigió una fría mirada a «cara de rata».

—¿Qué esperas, imbécil? ¡Sírvele!

Cuando el fulano hubo depositado en mis manos un vaso de cristal tallado, lleno hasta la mitad, les dijo:

—¡Fuera!, uno de vosotros que llame a Martin. Los demás, ¡largo! No os necesito.

Solos en la estancia, fue él quien me estudió ahora.

—Soy hombre de pocas palabras —dijo al fin—. Suelo ir recto al «grano» y esto no es una excepción. ¿Qué hay de la chica, detective?

Esperaba cualquier pregunta menos ésa. Y lo malo del caso es

que sabía a qué chica se estaba refiriendo.

Aun así, contesté:

—No lo entiendo —y metí el *whisky* en el estómago de un solo trago.

Cabía la posibilidad de que mi respuesta lo irritara, pero no fue así. Tan siquiera hubo en su cara el más leve signo de contrariedad.

Se limitó a sonreírme de nuevo. Abrió la caja de tabaco que descansaba sobre la mesa y me ofreció uno de sus «especiales».

Acepté, lo puse en «marcha» con un fósforo, llené mis pulmones de humo con gesto complacido.

—Si yo soy claro y usted no colabora —anunció entonces—, mal empezamos, Burman.

Me mantuve en silencio. Empezando a captar la tensión que flotaba en el ambiente. Había algo impreciso en la actitud de Martino. No era sincero al decir que le gustaba ir al «grano».

Divagaba. Un juego de tanteo el suyo. Lleno de insinuaciones y a la expectativa de que yo, yo mismo de mutuo propio, encarrilara la conversación por los derroteros que le interesaban.

No soy lo inteligente que a veces me creo, pero tampoco lo imbécil que creen los demás.

Por eso no le hice su juego. Seguía alerta sin soltar prenda.

—Usted no es concreto, Martino —repliqué—. Me habla de una chica, y en esta ciudad, chicas hay muchas. Deme un nombre.

La entrada de Martin evitó su respuesta. Y si algo había atisbado en la actitud de Basile, a partir de aquel momento, me introduje del todo en la situación.

El porqué de aquella cita intempestiva, sin causa ni motivo aparente, lo explicaba Martin con su sola presencia. Sin pronunciar una palabra.

Ya lo había sospechado. Otra cosa era imposible.

En su rostro indiferente, en aquel estado de ausencia tan suyo, en sus sortijas y sus muelas de oro, reconocí al tipo que había dicho ser cliente privilegiado.

El que me invitara a las emociones fuertes.

Establecido el nexo, la cosa estaba diáfana. Martin-Maida-Basile-Lorna-Harry, ¿qué más? Los sellos del demonio.

Basile Martino estaba en el tinglado. Tras los recuadros engomados que un enigmático asesino pegaba sobre la frente de sus

víctimas.

—¿Me ha llamado, jefe? —inquirió con manifiesto respeto—. ¿Algún trabajo?

—No, muchacho. Pura rutina. ¿Le conoces?

Me señaló y Martin dejó caer en mí sus ojos vacíos. Ya lo había hecho al entrar.

Asintió en silencio.

—Sin ningún género de dudas.

—Correcto. Puedes largarte.

Lo hizo al momento. Ahora sí, ahora Basile Martino fue al grano.

—Quiero al asesino de Maida Preston. ¿Oye eso, detective?

Hice un ademán, pero sonó de nuevo su voz cortando en flor mis palabras.

—Sé que usted no lo hizo —empleaba un tono muy propio del hombre que si abre la boca es para dar órdenes—. ¿Cree que habría bebido mi *whisky* y se estaría fumando mis habanos de ser así? Pero va a traerme al que la mató.

No estaba de acuerdo con la fórmula y se lo dije claramente.

—Lo mío son los divorcios, Martino. Un hombre como usted debe saberlo.

—Lo cual no le impidió —dijo a renglón seguido—, aceptar el encargo de Lorna Drake.

Un fulano muy peligroso el tal Basile. No se le podía engañar porque sabía demasiadas cosas.

—El trabajo encajaba —respondí sin titubear—. Custodiar a una persona es labor de detectives.

—Pues lo hizo bastante mal. La mataron en sus narices.

—Tras golpearle la nuca con una cachiporra. Por la espalda, es obvio.

Recayó sobre mí la profunda mirada de sus ojos castaños. Aguda. Penetrante hasta lo más íntimo.

—Quiero al asesino —repitió.

—Harry Drake está muerto. ¿Voy por él a la Morgue?

Juntó los dedos de ambas manos formando con ellos un triángulo.

—Mire, Burman —me dijo en tono pausado—, estoy siendo en exceso paciente. No quiera que le muestre mi faceta desagradable. Maida Preston trabajaba para mí, Harry estaba bobo por ella, me

consta que no la mató. El, tenía unos sellos que a mí me interesaban mucho, y esta noche, se los iba a entregar a Maida. Los han liquidado a ambos colocándoles esos sellos en la frente. Y necesito al tipo que hizo ese trabajo.

La cosa estaba muy clara ya y no me entretuve en reflexiones.

—Si lo hizo por los sellos, Martino, ¿a qué pegarlos sobre dos cadáveres?

—Una vez en posesión de la clave, ¿para qué diablos le sirven los sellos? Puede permitirse el lujo de regalarlos a sus víctimas.

—Aquello era novedad. Una clave.

—¿Qué clave? —indagué.

—¿Hago cara de filatélico? —preguntó a su vez sin ironía—. Cada sello tiene una sílaba escrita en tinta roja, unidas las cuatro, tendremos una palabra extensa de incomprensible significado. En apariencia, naturalmente. Ésa es la clave a que me refiero. Descifrándola se sabe el escondrijo que alguien empleó para ocultar algo que me pertenece.

Me interesaba demostrarle que jugaba limpio. Hurgué en los bolsillos de mi saco y puse encima de la mesa el sello que arrancara de la frente de Maida.

Apenas se dignó echarle una ojeada.

—No me sirve —dijo indiferente—. El hombre, el que se ha hecho con esa clave, el asesino de Maida y Harry, a él necesito. ¿Me entiende, Cloff Burman? Por enésima vez: QUIERO QUE ME TRAIGA A ESE FULANO. Hay diez mil dólares, DIEZ MIL, para usted.

El dinero no me estimuló lo más mínimo. Si Basile esperaba lo contrario se llevó un buen chasco.

Ni cien mil me hubieran convencido para aceptar aquel trabajo. Conocía a los tipos como Martino.

Definitivamente, no. Fui sutil, no obstante, para rechazar:

—Usted tiene una inmejorable plantilla de... «muchachos», Basile. Pueden hacer ese trabajo, seguro que pueden.

La mirada con que me obsequió fue fría. Dura, Con brillo amenazador en sus ojos.

—No intente pasarse de «rosca» —me previno con helado acento—. Los muchachos, como usted dice, sirven para lo que yo necesito que sirvan. Protegen mis espaldas contra imaginaciones mezquinas, contra los que sueñan en atravesarlas con plomo. No les pido que

piensen, les exijo que sean rápidos con el gatillo. En otra cosa están desplazados. Ahora necesito una inteligencia, me consta que usted la tiene y yo la alquilo por diez mil dólares.

La situación empezaba a cansarme. Sin evasivas, con meridiana claridad, anuncié:

—No acepto, Basile. Es mi última palabra. Mande a sus muchachos, si quiere, a que me cosan por cualquier callejuela de Chicago. Que me rellenen de plomo. Pera constele eso, no trabajaré para usted.

La sonrisa que se dibujó en sus labios me pareció inquietante. Y la expresión de su rostro, tranquila.

Aquel tipo estaba seguro de algo. Enormemente seguro. Entonces pensé en el as que, desde el principio de la «partida», llevaba oculto en la manga.

Yo no sabía cuál. Pero tuve la certeza, de inmediato, de que disponía de un argumento de coacción.

Algo que podía obligarme. ¿Qué?

Dijo, saboreando sus palabras:

—Usted quiere demostrar que nada ni nadie le da miedo en esta ciudad. Ni yo tan siquiera. Se ve pequeño a mi lado, sabe que muy poco puede perder, y eso, lo envalentona. Es impropio de una persona inteligente. Porque usted amigo Burman, tiene la capacidad suficiente para comprender que cuando un hombre como yo interviene en un asunto como éste, es de vital importancia.

—Ahórrese la palabrería —solté, con ese valor que, como él había dicho, nacía en el hecho de tener poco que perder.

A lo sumo, mi piel.

—Y un hombre como yo —siguió, golpeándose el pecho con una mano—, consigue cuanto se propone. ¿Va entrando todo eso en su cabeza?

Le invité a proseguir con mi silencio.

—Si he dicho que trabajará para mí, es porque va a trabajar.

Me puse en pie con violentas maneras.

—Hemos terminado —dije secamente—. Hasta la vista, gran tipo.

Nada hizo por detenerme. Pulsó un botón que sobresalía entre las molduras de la mesa, me dijo sonriendo:

—Puesto que no se aviene a razones... —dejó algo en el aire, y

dirigiéndose a quien le escuchara a través del oculto micrófono, ordenó—: Traigan a la chica.

Al punto me quedé inmóvil. Con los pies aferrados al suelo como si les hubieran surgido misteriosas raíces.

Un sudor frío me estremeció el espinazo. Traté de comprender.

«Traigan a la chica». Eso había dicho.

Me volví para mirarle. La sonrisa era de triunfo.

Escuchó el taconeo que se iba acercando por el otro lado de la puerta.

Con voz ronca y ojos llameantes, le pregunté:

—¿Qué clase de puerca jugada es ésta?

—Paciencia, detective. Enseguida lo sabrá.

Pronunció estas palabras con un rictus de crueldad dibujado en su boca. Basile Martino empezaba a mostrarse tal cual era.

Frío, calculador y sanguinario. Todos los medios resultaban buenos para conseguir el fin propuesto.

Cedió la hoja de madera y entró ella. Detrás, sujetándola por cada brazo, venían Pat y el silencioso.

No me sorprendí al contemplar el agradable rostro femenino, velada ahora su jovial sonrisa por una pincelada de temor.

Jamás tuve tiempo de preguntarme lo que Marta Kostka significaba en mi vida. ¿Una distracción?, ¿un pasatiempo?, ¿un natural desahogo de mis exigencias vitales?

Pensé eso, quizá, porque no me creí capaz de, albergar en mi interior los sentimientos que en otros seres consideraba muy normales.

Por ese maldito complejo de hombre de la calle. De mundo bajo y mezquino.

Y en aquel instante todo se fundía para dar paso a un instinto superior. Sólo al ver la súplica anhelante de sus ojos que decían tener fe ciega en mí.

Sólo tal vez las manos sucias de aquellos sujetos aferrando la carne tibia de sus brazos.

Por todo eso y porque empecé a darme cuenta de que nada me hacía distinto a los demás hombres, supe que la amaba.

Que la había querido desde el primer día.

Como desde muy lejos, la voz de Basile Martino filtró en mi abstracción para llegarme, apagada, a los oídos.

—No le han tocado un cabello —dijo con significativa entonación—, hasta el momento. ¿Va comprendiendo, Burman? En adelante, el trato que le demos dependerá única y exclusivamente de su comportamiento.

Marta quiso correr hacia mí. Pero el del pelo engominado tiró brutalmente de su brazo.

Miré a Basile como si no lo viera. Fijando mis pupilas en las suyas me hice una pregunta:

¿Podía luchar?, ¿arriesgar la vida de ella?

Un sentimiento desconocido me empujó hacia Pat, reflejada en mi rostro una expresión de furor homicida.

El, muy rápido, sacó su «petardo».

—¡Ni lo sueñes! —me gritó amenazador—. ¡Un paso más y la acribillo!

A mi espalda sonó la risotada burlona de Martino. Retrocedí, para dejarme caer en el sillón que antes ocupara.

No quise volver a mirarla. De hacerlo, estaba seguro, seguro, que todo se iría a rodar.

El «Intocable», satisfecho de la cobarde demostración que de su poder me había hecho, y viéndome abatido, vencido y en sus manos, dijo a sus pistoleros:

—Lléváosla.

Obedecieron al instante.

La salida de Marta pareció dejar una sensación extraña flotando en el ámbito. Algo así como un temblor invisible de las paredes. Algo como una amenaza que se transmitía de mí a ella y viceversa.

—Tiene treinta segundos para decidir —me acució Martino—. O trabaja para mí, o se despide de ella.

Me mantuve en un silencio por demás significativo.

—Le doy siete días, siete, para que me traiga, manso como un cordero, al fulano que despachó a Maida.

Un nudo se me formó en la garganta. Me esforcé para preguntar: —¿Si no lo consigo en ese tiempo?

Una carcajada. Breve. Seca. Concisa y explícita.

—Marta responde por su fracaso, ¿capta bien?

Me levanté de nuevo. Del profundo abatimiento en que me había hundido pasé a una sorda desesperación.

Una oleada de rabia, de ira, de furor, convulsionó mis

sentimientos.

—Tú ganas, gran tipo —dije en abierto tuteo, que lo encerraba todo menos algo de amistoso—. Pero óyeme bien, ó-ye-me: te coseré a tiros por esto. Rellenaré tus sucios intestinos de plomo... te mataré como se mata a un perro rabioso, pisaré tu cabeza como se pisa la de una víbora ponzoñosa.

Largué un salivazo a los pies de la mesa.

Entonces, percibí el chasquido que produce la corredera de una automática al impulsar la primera bala hacia la recámara.

Miré a mi espalda.

«Cara de rata» enfocaba el cañón de su pistola a la altura de mi pecho.

—Quita eso de ahí —le ordenó Martino—. Nunca has entendido de delicadezas. El detective teme por su chica, ¿quién no sabiéndola en vuestras manos? Pero no quiere comprender que aquí estoy yo para evitar que nada le pase a la muchacha... si él nos ayuda. Y nos ayudará, Tony. Claro que sí; ¿no es verdad, Burman?

Llegué hasta la puerta. Aparté la pistola de un manotazo. Recité:

—Nos veremos, Basile Martino. Antes de esos días que me has dado de plazo.

—Lo celebraremos, palabra —se burló.

—Luego, hiena de corral, cumpliré mis promesas.

CAPÍTULO V

Tiré el habano pisoteándolo con rabia.

Un arranque casi infantil por el que di escape al odio e ira que me cegaban.

El silencioso esperaba junto a la puerta Me devolvió mi automática. Dijo en tono despectivo:

—Fuera tienes un taxi. Ve pensando, por el camino, que tu chica se queda con nosotros. ¡No lo olvides!

De seguro que no esperaba mi reacción.

Me planté frente a él sin decir una palabra. Disparé la zurda a la altura de su plexo solar y, cuando se encogía, mi rodilla salió al encuentro de su mentón.

Dos golpes precisos. Fulminantes.

Cayó hacia atrás retorciéndose de dolor. Cuando quiso ponerse en movimiento ya le estaba apuntando con la pistola que él mismo me había devuelto.

—¡Pestañea y te tragas el cargador entero! —solté ominoso—. Esto es un ligero aviso, bastardo. Si le hacéis algo a ella..., ¡recuérdalo!, comeréis plomo hasta sacarlo por los ojos.

Di media vuelta y me largué.

En efecto, a la entrada estaba el taxi. Subí, dando una dirección.

El silencioso no se había equivocado. Por el camino, pensé.

Lorna Drake mintió al decirme que su esposo estaba furioso por el robo de los endemoniados sellos. Según Martino, no existía tal robo. Harry iba a entregárselos gustosamente a Maida, en recompensa, sin duda, de los dulces y gratos favores recibidos de ella.

Estaba loco por la «strip-teaser». Lógico hasta cierto punto. Pero su mujer tenía un estupendo estuche físico. Con todo lo que un

hombre podía desear en el sexo contrario a la hora de saciar apetitos.

Visto desde este ángulo, ya no era tan lógico que perdiera la cabeza por la otra.

¿Mentía Martino entonces?

De lo contrario, la actitud de Lorna resultaba incomprensible. ¿Por qué su llamada angustiada?, ¿de dónde provenía aquel temor oculto que creyera adivinar en su voz? ¿Por qué la historia confusa de unos sellos sin valor?

Pensando, devanándose los sesos, poco iba a adelantar.

Lo único cierto era que habían muerto dos personas por aquellos sellos. Y de acuerdo con Basile Martino, encerraban una clave que sólo el asesino conocía.

«Descifrándola se sabe el escondrijo que alguien empleó para ocultar algo que me pertenece».

¿Qué era ese algo? ¿Qué misterio se escondía tras los sellos y los crímenes?

Otra cosa cierta. Marta Kostka en poder de Martino. Un rehén con el que se aseguraba mi colaboración. Con el que me obligaba a exprimir al máximo mi pretendida inteligencia.

«Quiero a ese fulano».

Así de simple. Así de sencillo. ¿De qué pistas disponía yo para encontrarle?

El tipo aplicó los frenos con tal brusquedad que salí de mis meditaciones con sobresalto.

—Hemos llegado, jefe —dijo con voz ridícula.

Pagué, saliendo a la calle.

Estaba en Grawford And Avenue, a la entrada de la ciudad.

La noche era tibia, casi veraniega. Soplaban una brisa agradable que azotaba el rostro con suavidad.

Me convenía caminar. Airear mis ideas.

No pensé en retirarme a descansar. Todos los minutos eran preciosos y no podía perder uno solo en la cama.

¿Hubiera conciliado el sueño acaso? ¿Con la imagen de Marta flotando dentro de mi cerebro?

Antes de empezar, por no sabía dónde, decidí ver de nuevo a Rawlings.

Supuse que, como yo, se tiraría la noche en vela.

En efecto. Di con él en Jefatura. Acodado sobre la mesa de su despacho, ligeramente ladeada la cabeza, observando con absurda expresión al hombre que paseaba frente a sus ojos.

Era Kent McBryan. El competente fiscal.

Como la puerta estaba entreabierta, me mantuve al otro lado observando sin ser visto.

McBryan interrumpía a intervalos su nervioso ir y venir. Se encaraba con el apabullado teniente, le metía el índice bajo las narices cual si actuase ante un Gran Jurado, recitaba lo mismo cada vez.

Percibí las palabras con claridad:

—Esto es diferente, Rawlings. Ningún asesino se entretiene pegando sellos en la frente de sus víctimas. Yo entiendo bien la sicología de los criminales. No es una excentricidad, ni una burla, ni un capricho. ¡Tiene que existir una explicación, un significado! ¿Eh? ¿Me oye?

Entonces, el otro murmuraba:

—Sí, McBryan, le oigo. Llevo una hora oyéndole.

—Pues le voy a decir algo más. No quiero a los muchachos de la Prensa y a la opinión pública sobre mí, ¿entiende? Y es exactamente lo que sucederá si usted no soluciona este caso lo antes posible. ¡Haga lo que quiera, Rawlings! ¡Encierre a la ciudad entera si es preciso, pero atrape a ese asesino... atrápelo, tráigalo a mis manos convicto y confeso! Lo concedo poco tiempo, teniente, ¿me escucha? ¡Muévase y pronto! De lo contrario, me largaré de cabeza al comisionado... y veremos lo que le dura la «chaqueta».

Por lo visto, Kent McBryan decidió que por aquella noche era suficiente. Tenía muchos días por delante para seguir amargándole la vida.

Salió sin despedirse. Yo corrí pasillo abajo para que no me viera. Luego, volví sobre mis pasos, metiéndome en el despacho del teniente.

Seguía igual. Con la expresión absurda en el rostro. Lejos de allí. Jugueteaba con un cortaplumas de acero, y de repente, lo clavó rabiosamente sobre la superficie de la mesa.

—¡Asqueroso leguleyo! —barbotó colérico—. ¡Charlatán de universidad. El niño...!, ¡el hijo de papá!

Dijo todo eso con rabia y sorna a la propia vez. Como si

McBryan pudiera escucharle.

Pero muy bien sabía él que las orejas del fiscal estaban lejos. Entonces, se percató de mi presencia.

Una semana atrás, en circunstancias parecidas, Mat Rawlings hubiera descargado en mí su malhumor.

Ahora, nuestro altercado en casa de los Drake estaba demasiado reciente.

No sé si fue efecto óptico, pero hasta me pareció que se humanizaba al preguntarme:

—¿Qué hay, Burman?

Sonreí forzosamente.

—Lo mismo iba a preguntarle yo.

Torció la cabeza para apoyarla sobre la palma de su mano derecha. Me miró con profundo abatimiento.

Fue cuando le dije:

—Sigo en el asunto, Rawlings.

Dio un respingo.

—¿Cómo?, ¿qué ha dicho?

Forcé otra sonrisa y me dejó caer en una silla frente a él.

—Que sigo trabajando en el crimen. En el asesinato de Harry Drake... y en el de Maida Preston.

—¿Le paga Lorna Drake por eso?

Di paso a unos segundos de silencio antes de contestar:

—Me paga Basile Martino —dije muy despacio.

Alzó la cabeza vivamente. Murmuró:

—¿Basile... Martino? El pez gordo bucea en este asunto, ¿eh? ¿Y por qué usted?

—Por diez mil dólares y otra razón más poderosa que medio millón.

—¡Ah! —empujó el aire con las manos—. No entiendo nada, nada.

—Yo tampoco.

De repente, sus ojos cobraron un brillo de interés.

—¿Sabe una cosa? —preguntó. Seguidamente añadió—: Con respecto a lo ocurrido en el «Saint-Tropez». Mi colega Maxwell se ha hecho cargo del asunto. Como usted le quitó el sello a la muchacha no lo han relacionado con lo de Drake. Es un favor que debo agradecerle.

—Únalo a otros que no ha sabido agradecerme. ¿Recuerda el caso Mortimer? Estuvo en un tris que McBryan consiguiera colgarle la «chaqueta».

Hizo oídos de mercader a mi alusión. Volvió al sello que yo había despegado de la frente de Maida Preston.

—Tengo interés en verlo.

Fingí no entenderle.

—Ver..., ¿el qué?

—Ninguno de los dos estamos en condiciones de hacer el bobo. Sabe de sobras a qué me refiero. Al sello.

—No lo tengo —respondí al momento.

Dudó de la sinceridad de mi respuesta.

—No lo tiene. ¿Quién, entonces?

—Basile Martino.

—¿Por qué se lo dio?

Me mantuve callado mientras lo miraba con fijeza. Rectamente a los ojos. Me expliqué después:

—Usted lo ha dicho, Rawlings. No estamos en condiciones de hacer el bobo. ¿Quiere que le refresque la memoria con el historial de Martino?

—No hace falta. Soy teniente de la Brigada de Homicidios, algo que a la gente le parece el no va más. Sin embargo, al lado de Basile, soy algo así como una cucaracha.

—Bien —seguí, captando perfectamente el significado de sus palabras—. Nadie mueve un pie en esta maldita —ciudad, sin que ese cerdo sepa hacia dónde dirige los pasos. Martino está perfectamente enterado, mejor qué si lo hubiera visto, de lo ocurrido en su local. La muchacha trabajaba para él, y no sólo exhibiendo sus espléndidas formas encima de un tablado. Me hago el sueco con lo del sello, ¿y qué? De inmediato piensa que juego sucio.

Rawlings se rascó la cabeza.

—No digo que no. Además..., ¿qué me importa a mí? Eso es asunto de Maxwell. ¡Allá se las componga! —se interrumpió unos segundos para mirarme dubitativo—. Bueno, a fin de cuentas, no me ha dicho todavía para qué ha venido.

Lo solté sin vacilar:

—Quiero hacer un pacto, teniente.

No pudo evitar que una risotada amarga brotara de sus labios.

—¿Usted..., yo? ¿Un pacto? Bien está que no simpaticemos, pero que abuse de las circunstancias para tomarme el pelo...

—Hablo muy en serio, Rawlings.

—Suelte lo que sea, Burman. Hoy, ya no me viene de una.

Poniendo en mis palabras el mayor acento de convicción de que fui capaz, anuncié:

—Estamos a bordo de la misma nave. Y a la deriva.

Usted no me traga a mí, ni yo a usted. Tenemos tiempo para reanudar nuestros rencores. Pero ahora..., debemos luchar juntos para enderezar el timón.

—No me haga una novela, pesquisa. Ni de leer me acuerdo.

—Correcto. Basile me ha ofrecido diez mil dólares apoyados por un poderoso argumento de coacción para que encuentre al asesino de Maida y Harry en una semana, como máximo. A usted, McBryan le ha fijado un plazo parecido para acudir al comisionado con la historia. ¿Vamos unidos?

—Puede... —aceptó, sin renunciar por entero a sus dudas—. ¿Qué más?

—Perseguimos un mismo fin. Al tipo que pegó los sellos. Usted trabaja a su aire, yo al mío. El que antes consiga lo pretendido le echa un cable al otro. ¿Me sigue? Una condición, Rawlings. En su zona, quiero libertad de movimientos y ojos cerrados. ¿Digo bien?

Reflexionó a lo largo de varios minutos.

—La propuesta —dijo al fin, todavía en su abatimiento—, dice muy poco en favor de un teniente de la Brigada de Homicidios, si éste acepta.

Me disparé sin darle tiempo a que siguiera pensando.

—Hombres como Basile Martino no han pensado nunca en aquello que podía decir poco en su favor. Por eso los tenientes de la Brigada son cucarachas a su lado. ¿Cree que es momento y situación para entretenerse en dignidades?

Soltó un profundo y sonoro suspiro.

—De acuerdo, Burman —me dijo frotándose la barbilla—. Pero no crea que me engaña. Muy poderoso ha de ser el argumento que Basile esgrime contra usted para obligarle a llegar a estos extremos. Sé perfectamente, que tampoco es demasiado digno para usted recurrir a mí. Aunque no sea yo quien solucione la papeleta, esta

entrevista quedará en su recuerdo. Y en su memoria. Por una vez, sea sincero conmigo. ¿Qué le ha impulsado a dar este paso?

—He sido sincero otras veces, Rawlings —respondí con cierta dureza—. Usted no ha querido, o no le ha convencido reconocerlo. Hoy es diferente, lo acepto. Cuando un hombre descubre que es lo idiota que siempre había censurado en los demás, hace lo que yo. Busca la colaboración de un teniente de la Brigada de Homicidios.

Me puse en pie porque nada más tenía que decirle.

—¿Vale eso como respuesta? —Y ante mi silencio, preguntó de nuevo—: ¿Cómo nos mantendremos en contacto?

—Le llamaré regularmente o vendré aquí.

La última mirada que capté en sus ojos al salir del despacho fue de total y absoluta incompreensión.

Mi actitud seguía siendo un enigma para él.

Salí, pensando en lo poco que podía esperar de su eficiencia profesional. Eso ya lo sabía al entrar. No obstante, en mi deseo de rescatar a Marta de las garras de Basile cuanto antes, hubiera hecho lo inverosímil. Lo inconcebible.

Además, pensando en Rawlings, no dejaba de ser un consuelo recordar que cierto día, un asno había hecho sonar una flauta.

La noche seguía igual. Templada. Con su brisa veraniega. Los anuncios luminosos seguían parpadeando en su fastuoso derroche.

Muchos de quienes cruzaron en mi camino, sonreían. Unos, moderadamente. Otros, con carcajadas estentóreas.

Las parejas se detenían unos instantes junto a los rincones cuya oscuridad no disipaba los luminosos, para unir sus labios en beso fugaz.

Las había sin prejuicios que se besaban en mitad del torrente de luz hasta enrojecer de asfixia.

Las máquinas tragaperras sonaban dentro de bares y *snacks*. El agudo de algún cantante con tres o cuatro copas de más surgía, de repente, por encima de las voces y carcajadas.

Yo, deambulaba por entre la orgía de aquellos seres felices. Satisfechos en su jolgorio y algazara.

Yo, pensaba en dos sellos. Dos crímenes. En una mujer que se llamaba Marta.

Inconscientemente mis pies me alejaron del bullicio. La soledad y el silencio me hicieron mucho bien.

Llegué a una conclusión.

Un tipo se dedicaba al juego maquiavélico de franquear a quienes asesinaba. Lo hacía por algo. Por una clave que había interesado a Basile Martino.

En consecuencia, jugaba también con él. Y el hombre que se atreviera a eso, debía conocer bien, muy bien, al «Intocable» de la ciudad.

Y un estudio psicológico tan completo de Martino, sólo podía obtenerse estando a su lado. Trabajando, o habiendo trabajado para él.

Si existía otra explicación, se me escapada. Correría el albur.

¿Dónde encontrar a un ex miembro del «racket» de Basile?

Al otro extremo de la ciudad. Entre la competencia. Porque aunque no muy acusada, existía esa competencia.

Era noche de brisa cálida. De verano. De taxis.

Detuve otro.

29 Th Street, 187. En el corazón de Cicero.

Una calle mal alumbrada. Albergue de escombros y porquería. Con una mezcla abigarrada de cien distintos olores, ninguno agradable, que ofendían al olfato.

En las esquinas, retrepadas en las farolas del tímido alumbrado, escondidas en el hueco de oscuros portalones, cuatro golfas cuarentonas se exhibían en posturas tan indolentes como obscenas.

Fumaban con estudiada languidez. Mostrando en inaudito alarde de descaro, y con el desenfado que la edad añadía a su profesión, lo que un día fueran «cotizados» encantos.

Montón de ruinas humanas. Podredumbre y basura moral.

Algunas me chistaron al cruzar frente a ellas, susurrando por lo bajo el desarrollo de un «número fuerte» de su especialidad.

Dejaban de dar pena. Daban asco.

Me planté en la entrada de un tugurio pestilente. Un letrero sucio de pintura agrietada aseguraba, con letras grandes y desiguales, que lo del interior era un «*dancing*»; un salón de atracciones; un «*music-hall*».

Yo sí sabía lo que era. Y quién mandaba dentro. Y las actividades, género de vida y condición, de quienes allí acudían.

Inundé de aire mis pulmones antes de cruzar el umbral.

El delirio. La locura. Lo que se quiera.

Sin freno ni barreras. Para nada ni para nadie. En lo que se decía barra, un grupo de mujerzuelas gritaban, reían con histerismo, se contorsionaban en frenéticas danzas y, lo más importante para ellas, mostraban con la mayor crudeza lo que se podía adquirir.

Me pregunté para qué estaba todo aquello en el mundo. Bastaba volver la esquina de la vida y mirar un instante hacia atrás, para convencerse de que uno era mucho mejor.

Dejé atrás de la vida y de mí, aquel sanatorio sicodegenerado. Caminé por un pasillo que cruzaba un patio, al que asomaban ventanas y estrechos balcones y en el que se olía a fritos que producían náuseas, para introducirme en la siguiente sala del polí-antro.

Allí había bancos y un escenario de reducidas proporciones. Se representaba un espectáculo muy parecido al que viera antes en el «Saint-Tropez». Pero, el paralelismo sólo estribaba en la finalidad.

Aquello era vulgar, barato. Muy propio de enfermos sexuales: Sólo para ojos lascivos.

Seguí por otro pasillo, continuación del anterior, tropezándome con una rubia de busto insultante que se retorció tratando de abrocharse el maillot negro, y que huía a las manos de un calvo cumplido en quintas que trotaba cómicamente con la ilusión de propinarle unas palmadas cariñosas.

Lo atrapé por el cuello de la camisa frenando en seco su galope.

—¿Dónde vas, nervioso?

Su mirada fue como un recital elocuente de lo que opinaba acerca de mi familia.

Le crucé su sanguíneo rostro con el revés de la zurda.

—En la tuya —dije.

—¡Hijo de...! —aulló.

El resto de la frase y un diente se le fueron garganta adentro. Y conste que no le apliqué el puño sobre la boca con excesiva violencia.

Lo dejé en el suelo. Lloriqueando y profiriendo exclamaciones de dolor.

La del maillot negro, que había contemplado la escena desde el otro extremo del pasillo, guiñó un ojo enviándome tres o cuatro besos con la punta de sus manicurados dedos.

Torcí por un recodo y me di de narices con el fulano que

montaba guardia junto a la puerta que yo iba a franquear.

Hube de reconocer que era digno de mejor suerte.

Por lo menos se merecía figurar como extra en un film de Boris Karloff.

¡Menuda estampa!

Rozaba los dos metros. Y como alguna muñeca burlona que tenía ganas de mofarse a su costa le había dicho que se parecía a Yul Brynner, el muy imbécil llevaba la cabeza como una bola de billar.

Con una de sus descomunales manazas podía estrangular dos personas a la vez. Me produjo la misma sensación qué los eunucos que había visto en las películas custodiando harenes.

Sólo le faltaba la espada, el turbante, y el pantalón bombacho.

Nos miramos en silencio. A sus ojos, yo no abultaba más que una mosca a los míos.

—Dile a ella que Burman está aquí.

Encogió los ojos al máximo: Ahora, me pareció más bien un retrasado mental. Su garganta, en lugar de palabras, emitió extraños ronquidos.

Con un esfuerzo, consiguió decir:

—Ella, no recibe a nadie. Hombre que ríe con su risa, le gusta.

Alancé a comprender que Mona Dailey se lo estaba pasando en grande, al otro lado de la puerta, con el último Rock Hudson que había incorporado a su larga lista de «esparcimientos».

Pero, si quería entrar, tenía que convencer al dinosaurio. Y con términos que no redundasen en perjuicio de mi integridad física.

Repetí:

—Ella querrá recibirme. Siempre he reído con su sonrisa.

—No recibe —repetió con terquedad, como un disco rayado.

De aquella manera no terminaríamos ni el día del juicio. Intentar que razonara sería del todo estéril.

Como no había otra solución...

—Mira, mastodonte —le dije—, si me agotas la paciencia, me pondré desagradable. ¿Y sabes qué? Estropearé lo poco de persona que tienes en esa cara de monstruo.

Vaya si me comprendió ahora. Un ruido extraño brotó de sus labios rehinchados. Extendió sus tentáculos hacia mí.

Pero lento. Muy lento.

En ágil escorzo evité la devastadora acometida escurriéndome hábilmente bajo su gigantesca naturaleza.

Al no encontrarme en el lugar esperado, giró pesadamente buscándome con ojos estrábicos.

De nuevo burlé su bestial avance. Y cuando quiso repetir el juego por tercera vez, brillaba en mi mano el destello azul de una automática.

Observé su reacción. Supe de inmediato, que a pesar de su anormal corpulencia, las armas de fuego le producían verdadero terror.

Alimentó su innato temor con mis palabras:

—A esta distancia, gorila, tres balas serán suficientes para atravesar la mole de grasa que cubre tu estómago. Haz un movimiento y te reemplaza mañana otra mastodonte.

Nada dijo. Siguió muy quieto. Mirando como hipnotizado el ojo oscuro de mi pistola.

—¡Pasa delante! —le ordené, haciéndome a un lado para permanecer fuera de su «onda expansiva»—. ¡Abre la puerta, pronto! Si vacilas..., te relleno las tripas de plomo.

Obedeció como un autómatas. Quedé a su espalda. Y en el momento que abría la puerta, apuntalé mi zapato en sus riñones empujando hacia adelante con toda la fuerza y violencia de que pude hacer acopio.

Desde luego que lo moví.

Todas sus onzas de carne y grasa se precipitaron hacia el interior como lanzadas por una catapulta.

Yo, hice mi entrada triunfal tras el enorme mamífero.

Magnífica escena. Lienzo estupendo el que se ofreció a mis ojos.

Digno de un museo. Como el Louvre por lo menos.

Nos miramos todos. Unos a otros. En silencio. Invitándonos mutuamente a ser los primeros en hablar.

CAPÍTULO VI

La primera en reaccionar fue Mona.

Saltó del diván como una tigresa, atrapando una bata de seda en la que se enfundó.

El fulano que estaba con ella me dirigió una mirada explícita. Cargada de ira. De ira casi explosiva.

Contaría unos treinta años. Con el cabello rubio, ondulado, cayéndole algunos rizos en la frente; rasgos agradables, atractivo sin duda para las mujeres como Mona.

Mi «amigo» el gorila se retorció las manazas pensando lo muy a gusto que lo hubiera hecho con mi gizonte.

Yo, sin enfundar mi automática, le dirigí una venenosa sonrisa.

—Otra vez me anunciaré con la «Marcha de las trompetas de Aida» —dije irónico.

Mona, me fulminó con el verde diamantino de sus ojos.

—Elige una manera menos original de presentarte, Burman —arrastró las palabras odiosamente—. Repite la broma y te echarán de mi casa a patadas.

Dicho esto, alcanzó un vaso de ambarino contenido que reposaba encima de una mesa ratona. Lo apuró de un solo trago.

—¡Tú! —le grité al mastodonte, moviendo la pistola significativamente—. ¡Fuera!, ¡largo!

Obedeció al punto.

—¿Quién es ése? —señalé al de los rizos rubios.

Mona Dailey se dejó caer nuevamente en el diván de sus «esparcimientos». Sin importarle que sus piernas, esbeltas y bronceadas, ofrecieran a mis ojos la curva tentadora de los apretados muslos.

Ella sabía que no me causaba la más ligera impresión. Tiempo

atrás yo había ocupado el puesto del rubio.

—¿Te importa mucho?

El tipo se mantenía en silencio. Mirándonos alternativamente, pero sin atreverse a iniciar un movimiento.

Mi mano seguía empuñando la culata con fuerza.

—No me importa nada, que se largue.

Coqueteó con sus azabaches cabellos. Se enderezó, poniendo en evidencia la firme línea de su cuerpo esbelto y bien formado, la turgencia de sus exuberantes protuberancias.

Curvó los labios carnosos para decirme:

—El no se va porque yo no quiero, Cloff. Es Vic Gassey. Un muchacho de toda confianza. Puedes soltar lo que hayas venido a decirme..., ¿por qué supongo que el «numerito» de entrada tiene su razón?

Pese a su físico esplendoroso, Mona frisaba ya los cuarenta.

—No me gustan los zánganos que te buscas.

Montó una pierna sobre otra perezosamente.

—Cosa que a ti no te importa. Habla o vete, lo estaba pasando muy bien antes de que llegaras.

Guardé la pistola y Vic suspiró con alivio. Me retrepé en un butacón frente a la mujer.

—Busco a un tipo. Uno que trabajó con Martino hasta que decidió jugársela por algo que ignoro. Es de una clase especial. Les pone un sello en la frente a los que «liquida».

Se encogió de hombros con absoluta indiferencia.

—Ni idea.

—Antes eras muy amable conmigo, Mona —dije con especial entonación—. ¿Por qué ese alejamiento ahora?

El rostro de ella no demostró emoción alguna.

—Te repito que nada sé de este asunto.

—Mira, muñeca —insistí, esforzándome por dominar mis nervios—. Hay en juego la vida de una persona más inocente que un recién nacido. Necesito colaboración. Co-la-bo-ra-ción. ¿Entiendes bien? No me obligues...

Dejé una insinuación flotando en el aire.

El rítmico movimiento de su pie desnudo se aceleró. Clavó el chispeante verdor de sus pupilas en mi rostro.

Más que hablar, escupió con rabia apenas contenida:

—¡Lárgate, Cliff! ¡Lárgate y no vuelvas más por este cuarto!

Vi que la cosa tomaba un cariz poco favorable a mis intereses. Y como estaba demasiado nervioso para permitir que una mujer de su talla se envalentonara conmigo delante de un fulano como el rubio, actué.

Vaya si actué.

Ella creyó en un principio que me largaba. Pero cuando vio que me revolvía hacia ella con un brillo peligroso en los ojos, sintió miedo.

Miedo de verdad.

La alcé por los hombros sin suavidad alguna. De un revés la mandé al diván con violencia.

Entonces decidió Vic Gassey que debía intervenir. Pero yo no había descuidado su presencia.

La expresión de su rostro no era la que se podía esperar en un hombre que trata de defender a su «dama».

Había cólera en sus ojos. Un rictus homicida contraía sus músculos faciales. Me decía con la mirada que estaba resuelto a matarme.

Hizo un amago que no logró abrir mi guardia. Seguidamente jugó con ambos puños poniendo en evidencia una técnica de profesional.

Me zafé al primer golpe pero encajé el segundo en mitad del pecho. Di un traspiés, y entonces, la zurda de Vic me castigó el rostro con precisión y eficacia.

Noté que un hilillo de sangre manaba por la comisura de mis labios.

No me dio tiempo a nada. Empezó a machacarme en un «uno dos» aplicado con velocidad y contundencia demoledora.

Un directo al mentón me llevó por los aires dos metros para atrás. Aterricé sobre un sillón que se vino al suelo en mi caída.

Una nube espesa me invadió el cerebro. Apenas podía abrir los ojos, y cuando conseguí hacerlo, objetos y personas se desdoblaron en una segunda imagen.

Los dos Vic Gassey sonreían. Era aquélla una sonrisa sádica, espeluznante.

Me concedió aquellos segundos de respiro para recrearse. Pero no me engañó. Sabía que estaba dispuesto a destrozarme a

puñetazos.

Sólo un poderoso esfuerzo por mi parte lograría evitar que lo consiguiera.

Consciente de mi manifiesta inferioridad, quiso jugar ahora. Fue lo que le perdió.

Cuando él inició el salto yo rodé por tierra esquivando la bestial acometida. Y donde pensaba encontrar mi cuerpo no encontró más que ladrillos.

En ellos estampó las narices.

Brincó como una fiera, pero yo ya estaba en pie. Disparó su puño casi a ciegas.

Mi habilidoso ardid le había hecho perder los nervios. Y con ellos, la «clase» que indudablemente poseía.

Le cacé la muñeca en el aire aplicándole una violenta y dolorosa torsión. Salió despedido como un obús, y ligera hubo de andar Mona para saltar del diván al verle venir en barrena.

Era mío, ya. Hice lo que me dio la gana.

Cuando se incorporaba, tambaleante, le apliqué la punta de los dedos en golpe seco contra el plexo. Y al encogerse, el filo de mi diestra cayó contundente sobre su nuca.

Como un conejo. Cayó al suelo fulminado.

Me encaré con Mona seguidamente, a quien le resultaba todavía incomprensible el giro desfavorable que la pelea había tomado para su zángano.

—No amenazo en vano —le dije con la respiración entrecortada—. Estoy dispuesto a hacer lo mismo contigo.

La tomé por un brazo arrojándola sobre la butaca más cercana.

—He dicho que busco a un tipo que trabajó con Martino. Es la última vez que lo repito. Ya estoy «caliente» y poco me cuesta entrar en acción de nuevo.

Ya no era la mujer de mundo acostumbrada a dominar a los hombres. Más bien parecía una principiante. Asustada y temblorosa.

Pensé si el miedo provenía sólo de mí o de algo que ella creía mucho más peligroso.

Suspiró vencida.

—Cliff... —Se arrancó—, yo vivo de «saber». Pero siempre he sido prudente, no lo ignoras. Basile Martino es mucho Martino, ¿comprendes?

—Trabajo para él.

—Y vienes a sonsacarme a mí. ¿Pretendes que me crea eso? ¿Por qué no te lo ha dicho el mismo Basile?

—Nunca dice nada. Quiero que me lo digas tú.

—Es mi piel, Cliff. La mía la que me juego.

Sonreí con hastío.

—Tú nunca te has jugado nada si no estabas segura de ganar. Venga el nombre de ese tipo de una vez. Empiezo a cansarme.

—Necesito seguridades, pesquisa —insistió, sin abandonar su tesitura.

Empezaba a recobrar la seguridad perdida segundos antes. Así me pareció comprenderlo.

Extraje de nuevo mi automática. La situé a un palmo de su entrecejo. Anuncie:

—Ten la seguridad de que te mataré si no respondes a mi pregunta. Estoy hablando en serio, muñeca. Muy en serio. Una vida está en peligro, por salvarla, no me detendré ante nada.

Había ominosidad en mi tono. Y una amenaza concreta. Por el peligroso camino de convertirse en realidad.

—Duncan Jarber —se rindió, convencida de que sus esfuerzos por entretenerme en espera de que Vic reaccionara resultaban baldíos—. Era su mano derecha. El cerebro de la organización. Sólo intervenía en los trabajos delicados y muy especiales. Hace cuatro meses se fue a Méjico. Regresó con un alijo de drogas valorado en algo más del medio millón. Basile no ha vuelto a saber hasta el momento ni de él, ni de las drogas.

Me mantuve en silencio, reflexionando. La trama se complicaba por momentos. Cada segundo surgía una sorpresa. Una pieza más que no lograba encajar acertadamente en aquel maldito rompecabezas.

Dije:

—¿Qué más?

Me miró suplicante y sincera.

—No sé más. Te lo juro.

—¿Qué hay de una chica llamada Maida Preston?

—Es una «strip-teaser» que trabaja en el «Saint-Tropez». El local es de Martino, ya debes saber eso.

Proseguí el interrogatorio.

—¿Harry Drake?

—Kilómetros de billetes. Está muy alto. Y además, desligado de nuestro mundo. Es un tipo incorrupto.

Solté una risita irónica.

—Tengo mis dudas. Se entendía a las mil maravillas con Maida. Los dos están en la Morgue. Duncan les atravesó el cuello y les pegó un sello en la frente.

Abrió los ojos. No alcancé a saber si fingía.

—¿Por qué...?, ¿por qué, Duncan?

Disparé una contestación al azar. Un pensamiento que acababa de surcar mi cerebro. Fijé mis ojos en los suyos para captar la posible reacción.

—Porque esos sellos ocultaban una clave. La que descubría el lugar en que Duncan ocultó el paquete de las drogas.

—No lo comprendo, de veras.

—Ni yo tampoco —convine—. Y cree que hago lo posible por comprender.

Hubo un silencio entre nosotros. Luego, como despedida, le hice esta advertencia:

—Voy a darte un consejo, Mona. Si me has engañado, rectifica antes de que salga por esa puerta. Porque volveré, y cuando vuelva a marcharme, tu cara bonita de pícara mundana no ofrecerá mejor aspecto que si la hubieras lavado con vitriolo. Piénsalo, ¿tienes algo más que decirme?

Apenas me miró, al responder:

—Nada, Cliff. Te lo aseguro.

Vic Gassey empezaba a removerse. Llevándose las manos a la cabeza para constatar si seguía en el mismo sitio que unos minutos antes.

—Correcto, campeona. Espero que no tengas que arrepentirte.

Las cuatro golfas seguían en el mismo sitio. En las mismas poses y encendiendo un cigarrillo con otro.

Pregonando su extenso repertorio a media voz. Pero los oídos de quienes pasaban junto a ellas se mostraban refractarios a tales aberraciones.

Me perdí por la primera bocacalle.

¡Qué noche, aquella noche de verano!

Todo había empezado poco antes de las diez. Con la llamada

angustiosa de una mujer que atendía por Lorna.

Después el resto.

Y yo, deambulando de una parte a otro sin un rumbo determinado. Ya sabía algo más. El asesino filatélico se llamaba Duncan Jarber.

¿Dónde se encontraba ese tipo?

Si Martino no había conseguido dar con él...

Pensé que un chorro de agua fresca no le sentaría nada mal a mis preocupaciones. Lástima que el cerebro no pudiese remojararse por dentro.

Orienté mis pasos hacia Adison St., y esta vez, sin taxi.

Durante el camino barajé cien distintos pensamientos. Compuso hipótesis. Acepté ideas para rechazarlas de inmediato.

Al momento, todo me parecía acertado. Luego, se quedaba en puro absurdo.

Unos sellos. Dos crímenes. Y Marta Kostka, lo único que la vida había sabido ofrecerme, convertida en espada de Damocles.

Primero dos mil, después diez mil, por último una vida que no se compraba con todo el oro del Tío Sam.

Eso es lo peor de nosotros, los americanos. Tenemos un acusado complejo de dólar.

Todo queremos arreglarlo a base de billetes. Y no hacemos más que estropearlo todo.

Llegué a mi agujero. Esta vez no hubo sorpresas. Ni de piernas bonitas enfundadas en nylon, ni de peludas cubiertas con pantalones.

Me despojé de mi vestimenta camino de la ducha.

Reconozco que el agua me hizo mucho bien. Máxime después del sudor que había acumulado en el intercambio de golpes con Vic Gassey.

Salí frotándome con la toalla. Nuevo físicamente. Lo demás seguía igual. Y no quería pensar por no enredar las cosas más de lo que ya estaban.

Me coloqué un raído batín sujetándole a mi cintura con una corbata vieja.

Prendí un cigarrillo. Sucedió lo inevitable. Pensé y pensé. Le di vueltas y más vueltas al asunto. Sin adelantar nada. Sin dar con la lucecita que arrojaba sobre el caso una débil llama de esperanza.

Se hicieron las seis de la mañana. Las siete.

A esa hora me sobresaltó el brusco e insistente repiqueteo del teléfono. Se me puso el corazón boca abajo mientras corría en busca del auricular.

—Burman al habla —dije—. ¿Quién llama?

Reconocí de inmediato la voz del teniente Rawlings.

—¡Pesquisa! —me gritó excitado—. ¡Venga volando para acá! ¡Tengo una sorpresa para usted!

Estaba perplejo.

—Pero... —tartamudeé—, ¿de qué se trata?

—¡Póngase en marcha de una vez!

Tras estas palabras, colgó.

Yo, permanecí por espacio de un minuto contemplando el auricular. ¿Sería posible que Rawlings hubiese encontrado alguna pista?

Increíble. De todo punto increíble. El teniente era una auténtica tortuga..., pero su excitación, su voz alterada, casi alegre...

Salí de mi abstracción colgando con violencia. En menos de tres minutos estuve vestido.

Cuando llegué a la calle aún me estaba centrando el nudo de la corbata en el cuello de la camisa.

Esta vez hubo taxi. Y le dije algo sobre una propina especial si se olvidaba de que estábamos en Chicago y tomaba las calles por la pista de Indianápolis.

Se hizo acreedor a la propina por méritos propios.

El teniente me recibió con una sonrisa a lo James Bond.

—¡Adelante, detective! —soltó nada más verme.

El cambio de expresión que su rostro había experimentado en el lapso de un par o tres de horas, era notable.

Hasta parecía rejuvenecido.

Me dejé caer sobre una silla.

—¿A qué tanta urgencia, Rawlings?

Se sentó al otro lado de la mesa sin abandonar su sonrisa. Rebosaba satisfacción por los cuatro costados.

Anunció, con algo de petulancia:

—Tenemos un asesino que pega sellos en la frente de sus víctimas.

—Cosa que hemos repetido cien veces en el transcurso de esta

noche —le interrumpí de mala gana.

No se inmutó.

—Los asesinos suelen usar guantes —siguió—, es precepto elemental de los que tienen esas aficiones. Pero por lo visto... —Hizo un alto intencionado con la esperanza de intrigarme—, a nuestro amigo, se le hace difícil pegar sellos con las manos enguantadas. Prefiere hacerlo con los dedos libres. Y deja huellas, ¿entiende?

¡Vaya con los polvitos! Pura rutina, ¿eh? ¿Procedimientos arcaicos? ¿Así que no sacaban nada concreto de tanto formulismo?

Le miré con mezcla de sorpresa e incredulidad.

—¿Quiere decir... que han encontrado impresiones digitales en el sello?

—Correcto, fisgón.

Abrió el cajón central de su mesa. Me mostró el recuadro engomado. Aquél en que se leía la sílaba RROC en tinta roja.

Luego sacó una ficha que puso bajo mis narices.

Me quedé de una pieza. Como si tuviera todas las articulaciones de mi cuerpo enmohecidas.

Estaba contemplando dos fotos, una de frente y otra de perfil, de Duncan Jarber.

Duncan Jarber y Vic Gassey eran una misma persona.

¡Mala zorra, aquella Mona Dailey!

Tardé más de un minuto en salir de mi estupefacción. Pero Rawlings no imaginaba ni remotamente el porqué de mi letargo.

Sentía lo mismo que si me hubieran metido la cabeza entre dos planchas de acero y hubiesen apretado, apretado, hasta convertirla en un «zeppelin».

—Tengo la biografía completa de este «caballero» —me dijo, apuntando la ficha con el índice—. Ocupó no hace mucho tiempo un puesto de privilegio en la organización del «honorable» Martino, además...

—Sé todo eso —le corté, con el cerebro en plena ebullición—. Y algo que usted ignora. Es ésta, una auténtica noche de sorpresas.

Torció la cabeza como un buey.

—«Noblesse oblige...», se insinuó.

Le hablé de mi entrevista con Mona Dailey, de lo ocurrido en su habitación, de la pelea con Vic, y de quién era éste en realidad.

La faz de Rawlings, al término de mi relato, parecía tallada en granito.

—¿Y ahora qué, teniente?

—Estoy en pañales, lo confieso.

—¿Quiere escuchar mi versión de los hechos?

Sonrió como un niño travieso.

—De mil amores. De pies a cabeza soy todo orejas.

Me mantuve unos segundos en silencio como si recopilara datos. Dije luego:

—Basile Martino mandó a su cerebro privilegiado a por una «expedición» de heroína. Duncan, bastante más privilegiado de lo que su jefe imaginaba, pensó que medio millón en drogas era mucho dinero. Y poco justo que pasase a engrosar la sucia cuenta bancaria de quien tenía demasiados millones.

—Empiezo a ver algo —me interrumpió.

—Se dio el «abierto» con el paquetito —seguí—, dispuesto a establecer su propio negocio. Pero un hombre que demostraba ser lo listo que Duncan, no podía cometer el error de ponerse a traficar en las narices de Martino con un alijo que correspondía a éste. Por lo que sea, poseía cuatro sellos sin valor, en los que decidió escribir un mensaje cifrado; el que revelaba el escondrijo en donde había metido las drogas. Se los mandó Harry Drake...

—¿Por qué a él precisamente? Que sepamos, ese hombre no tenía concomitancias de ninguna índole con el bajo mundo.

—Es un detalle que de momento se me escapa. Quizá por el hecho de ser filatélico, quizá porque Drake no era lo honrado que nosotros imaginamos, quizá porque tenía que ver con Duncan. No vale divagar. El caso es que le envió los sellos con la clave.

—Puede aceptarse como bueno, pero..., ¿a qué asesinar luego a Harry clavándole el sello en la frente?

Encendí un cigarrillo antes de responder:

—Basile Martino es hombre de acción —dije entre espirales de humo—. ¿Podía resultar lógico que se cruzara de brazos mientras un tipo listo le birlaba medio millón?

—No, desde luego.

—Por eso mismo. Basile tiene contactos, poderosas influencias, basta con que mueva un dedo para que Chicago se ponga boca abajo. Puso en movimiento todos sus efectivos para localizar a

Duncan y a las drogas. Y por lo visto, dio muy pronto con Harry Drake a través de una mujer llamada Maida Preston. No alcanzo a ver todavía, con claridad, el verdadero motivo de los crímenes. Pero debemos suponer que por algo lo hizo. En cuanto a los sellos, poco le importaba a Duncan que Basile se hiciese con la clave. Con cambiar el escondrijo, tenía más que suficiente. Y vuelta a esperar.

Mat Rawlings, dio varios cabezazos de asentimiento. Dijo, con todo convencimiento:

—Es lo único con algo de lógica que llevo escuchado en las últimas seis horas —se puso en pie violentamente—. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! —Las palabras le salieron a gritos—. ¿Qué esperamos para ir a por Duncan Jarber?

Me miró extrañado ante mi pasividad.

—Calma —le advertí en tono reposado—. Tenemos un pacto, ¿no? Yo iré a por ese asqueroso asesino. Compréndame, Rawlings, debo ser yo quien lo haga. Necesito a ese tipo... y vivo. *Muy vivo*.

El rostro del teniente se oscureció.

—Me parece que comprendo demasiado —habló en tono cauto—. Usted quiere a Duncan para pasárselo a Martino. Luego lo encontraremos por cualquier callejuela de cualquier suburbio cosido a tiros. ¿Y cómo le demuestro yo a McBryan que Jarber es el asesino de los sellos? Entonces me dirá que busque al que se lo ha «cargado» y que averigüe el por qué. ¿Y me ayudará usted, Cliff Burman, a llevar a Martino con las manos esposadas ante el fiscal? ¡Ni usted, ni el mismo presidente! No, amigo. Por eso no paso. ¡Voy a por Jarber!

Le atrapé por un brazo.

—¡Siéntese! —Casi le ordené—. Escuche una cosa, Rawlings. Yo le garantizo que tendrá a Duncan antes de que Martino pueda mandar a sus «gatilleros» a que lo cosan a tiros. Tiene mi palabra. Si hubiera querido jugar sucio, teniente, no tenía por qué explicarle lo sucedido en el antro de Mona Dailey.

Se mantuvo en sus trece. Lo leí en su rostro.

—Hace dos horas —insistí—, me ha prometido libertad de movimientos y ojos cerrados. ¿Cumple hasta, el final... o no cumple?

Quería cumplir, sí. Pero le quedaba la duda de si ello sería perjudicial para sus intereses. Y para su «chaqueta».

Soltó un ruidoso y resignado suspiro.

—Usted será mi ruina, Burman. Lo presiento. Ayer, hubiera pactado primero con Satanás que con usted; ahora, sólo me falta agacharme y limpiarle los zapatos.

Yo sí que suspiré. De labios para adentro.

—Yo también cumpliré mi parte, Rawlings —dije con la mayor convicción—. Délo por sentado.

Me puse en pie.

—Voy a por Duncan Jarber. No será difícil encontrarlo. Duerme sobre sus laureles de niño listo. ¡Ah! —Le dirigí una sonrisa significativa—, si las cosas ruedan bien, hasta es posible que le ofrezca argumentos para proceder contra Basile Martino. ¡Y fuera de contrato!

Lanzó sobre mí una mirada escéptica.

—Usted, padece descomposición mental en el último grado. El peor en todas las enfermedades. ¿Se acuerda del traje a rayas que le prometí? Tengo la íntima convicción de que le acompañaré a la hora de lucirlo.

Oí sus últimas palabras desde el pasillo. Camino de la calle y en busca de otro taxista que me llevara a la 29 Th Street, 187.

En el corazón de Cicero.

CAPÍTULO VII

Los amigos de la noche empezaban a retirarse. Apuntaban los albores de un nuevo día, lo que para ellos significaba el inicio del descanso.

Las ocupantes de farolas y portalones oscuros también se habían retirado. Resignadas, alimentando la esperanza de que la próxima noche sería más «fructífera».

El antro que se ubicaba en el 187 de la 29 Th Street había echado para abajo su puerta metálica.

Silencio, penumbra y quietud.

Si alguno pasaba ahora por allí, no era un trasnochador. Todo lo contrario. Uno que madrugaba para acudir puntualmente, como cada día, al taller, la fábrica o la factoría.

No tenía nada que pensar. O al menos, muy poco.

El emplazamiento del domicilio particular de Mona no era un secreto para mí. En otros tiempos habíamos compartido la intimidad de sus paredes.

La imaginaba con toda la belleza y pasión de su cuerpo, en estampa de viva sexualidad, entregada a los brazos del asesino filatélico.

Esplendorosamente retorcida en un mar de sucias sensaciones de placer. Así eran las mujeres de su clase.

Las necesidades del sexo las convertían en auténticas irracionales a la hora de ofrecerse al varón.

Podía considerar eso como una de las tristes experiencias que yo tenía de la vida.

Caminé en largas zancadas. El apartamento no quedaba muy lejos de allí. En otra calle parecida, con algo más de limpieza, pero en la que se respiraba la misma mezquindad.

En el mundo, no sólo olían la basura y los escombros. Existían porquerías perfumadas con esencias penetrantes, que despedían un hedor aún menos soportable.

El portal, sin duda, le habría dado que pensar a Terence Fisher. Hubiera reconocido que sus películas de momias y monstruos, al lado de aquello, no pasaban de bromas graciosas.

Las tinieblas eran espesas como nubes. Resonaban los pasos en el interior, y su eco, producía escalofríos.

También a los tipos como yo. A los que nos preciábamos de no temer a nada.

Los peldaños de madera parecían estar huecos. Cada vez que un pie caía sobre ellos, sonaban a sarcófago vacío.

Avancé con lentitud para no alarmar a todo el vecindario. Me detuve en el segundo rellano y prendí un fósforo.

La puerta que yo buscaba correspondía al número tres. Pisé de puntillas hasta situarme frente a ella.

Estaba cerrada. Eso era lo normal. En mi caso, los detectives de Mickey Spillane, las encontraban abiertas. Y tras una serie de trifulcas se tropezaban con dos cadáveres por lo menos.

Me dispuse a forzarla. Y en contra de lo que pueda pensarse, no lo hice animado por la idea morbosa de sorprender a los de dentro en pleno erotismo.

Quería simplemente reducir el riesgo de que Duncan Jarber se me escapara de las manos.

El «instrumental» que siempre me acompañaba respondió como era su obligación. Manipulé con la mayor rapidez que se hacía compatible con el silencio.

En un par de minutos estuve dentro.

Conocía cada uno de los ladrillos, así que, con la mayor seguridad, me dirigí hacia la habitación.

He de confesar, que aquel silencio no acabó de convencerme. Un hombre y una mujer reunidos en la soledad producían ruidos.

Risas, susurros, suspiros...

Palabra, no me convenció aquella quietud.

La puerta se encontraba abierta cuestión de unos centímetros. Empujé ligeramente para permitir el acceso de mi naturaleza, deslicé los dedos por la pared en busca del conmutador.

Le di vuelta.

Mickey Spillane sabía lo que se llevaba entre manos.

Mona Dailey, sin duda, no. Pero había sido una mujer aseada. Antes de abandonarse en brazos del amor, quiso ducharse y rociar su piel bronceada con un perfume penetrante.

Por eso el cuarto olía a esencia. Por eso ella lucía una salida de baño color rosa pálido y estaba tendida oblicuamente a la entrada del aseo con un agujero en la garganta.

Por eso le habían pegado un sello en la frente.

Por todo eso, yo iba a volverme loco de remate.

Una exclamación poco académica brotó con fuerza de mis labios. Me arrodillé junto a su cuerpo.

Una verdadera pena. Porque a pesar de los pesares había sido una mujer hermosa.

No demasiado buena, pero tampoco demasiado mala.

Me dije que tarde o temprano su fin tenía que ser aquél. Las mujeres que vivían del saber, como ella me dijera poco antes, nunca tenían suficientes seguridades.

Y muy pocas garantías de llegar a ser abuelas.

Centré mi atención en el sello. Y en la sílaba roja. Esta vez, leí:
AT.

Para mis adentros las uní. La palabra decía hasta el momento:
SOERROCAT.

Recordé si tenía algún amigo egipcio; no, desde luego que no. Ni los había en mi familia que yo supiera.

¿Quién iba a descifrar el jeroglífico? Y en caso de conseguirlo, ¿qué adelantaría?

Del maldito Duncan Jarber, ni rastro. Jugaba aquella partida con todos los triunfos en su mano. En la mía, ni una pareja de ases.

Rawlings iba a saltar de alegría cuando le diera la noticia.

Salí de la pieza, porque estaba seguro de que mirándola no iba a resucitarla. Una ira sorda empezaba a subirme al cerebro procedente de la planta de los pies.

Ni con mil horcas pagaría aquel tipo el daño criminal que estaba causando. Los asesinatos me indignaban. Máxime, cuando la causa se llamaba codicia.

No cabía en mi cerebro que un ser humano fabricado del mismo barro que yo, se convirtiera en una bestia ávida de sangre movido por la ambición y el dinero.

Mat Rawlings me hubiera contestado que él tenía archivos abarrotados con voluminosas carpetas, narrando con todo detalle casos muy parecidos.

Pero el teniente no tenía ninguna carpeta que hablara de asesinos con aficiones a la filatelia, hasta el extremo de franquear cadáveres con un sello y escribir en él claves con tinta roja.

Rompecabezas de locos.

En la salita contigua estaba el teléfono. Me fui en su busca para comunicarle a Rawlings lo mucho que estaba progresando.

Encendí la luz.

En aquel instante, me prometí solemnemente que jamás volvería a censurar una novela de Spillane por absurda que me pareciera.

Me convencí de una definitiva vez de que no le publicaban sus escritos por la simpatía que pudiera tenerle el editor.

Allí estaba el teléfono, desde luego. Y dos diminutas butacas. Y un tocadiscos.

Y otro cadáver.

¡Duncan Jarber, el asesino nacido de mi hipótesis, estaba tendido sobre la alfombra de cáñamo! Con un orificio en el cuello y un sello en la frente.

Me negué a creerlo. Dije que había perdido la razón. Que veía visiones.

Pero el que fuera acólito de Basile estaba muerto. Muy cadáver.

Me cogí la cabeza con las manos, me pellizqué la cara, me mordí los labios.

Duncan Jarber seguía muerto. El espejismo era realidad.

Dudé entre correr a la ventana y saltar por ella a la calle o dejarme caer en una butaca y preguntarle al diablo si sabía algo de aquello.

Un cosquilleo inquietante se filtró por mi espinazo hasta conseguir que me estremeciera.

Di unos pasos de autómata. Dejé caer cabeza y ojos, leí la consabida y siniestra sílaba.

SIL.

Ya habían aparecido los cuatro sellos. A uno por asesinato. Ya tenía la palabra completa: *SOERROCATSIL.*

¿Quién entendía aquel galimatías de letras? Porque aquella palabra no tenía un significado concreto ni en japonés.

Muerto Duncan, ¿a quién le cargábamos el mochuelo ahora?

No era cosa de bromas. No, no lo era. Para llorar de rabia, sí.

A partir de aquel instante empecé a hacerme a la idea de que, entre cárcel y manicomio, elegiría éste último como mal menor.

Decidido a lo que fuera, tomé el auricular protegiéndome la mano con un pañuelo.

Le dije a Rawlings que viniera lo antes posible, advirtiéndole que las sorpresas no habían terminado todavía.

Consumí la espera sentado en una butaca. Con bloc y lápiz en la mano.

Por lo menos veinticinco veces, alteré el orden de las sílabas rojas. No conseguí, en ninguna de ellas, componer una sola palabra que me resultara comprensible.

El teniente, hizo acto de presencia antes de lo esperado. Entró como una furia, contempló el panorama, y se puso como una fiera.

Dijo cosas muy feas acerca de padres y madres. Soltó una selección de los tacos más gordos que contaban en su diccionario.

Después que se hubo mesado los cabellos durante un minuto seguido, se encaró conmigo.

—Sus teorías, ¿eh? —masculló con amargura—. ¿Así que Martino no lo iba a coser a tiros? Desde luego que no. ¡Mírelo, ahí lo tiene! Con una bala han tenido suficiente. ¿Y ahora qué? ¿No le parece que es hora de que empecemos a empacar? En el Vietnam hacen falta voluntarios..., ¿no? ¿Le seduce la idea?

Puse todo mi mal humor en una mirada y la clavé en la figura de Rawlings.

—Cuando se canse de repetir sandeces —le dije—, trataremos de razonar.

Sonrió escéptico.

—¿Razonar? ¿Cree que se puede razonar?

—Usted, no. Yo, sí.

La verdad es que no estaba muy seguro de mis palabras. Pero algo tenía que decirle.

—Correcto. ¡Vengan esos razonamientos!

No pensé demasiado para soltar:

—El sello que le clavaron a Harry tenía impresas las huellas de Duncan Jarber, ¿no? —asintió con la cabeza y yo proseguí—: Lo cual demuestra que él lo asesinó. Y debemos suponer que también

lo hizo con Maida.

—Se le van a derretir los sesos, Holmes —me atajó en tono burlón.

Sin hacerle el menos caso, agregué:

—Si Jarber ha hecho aportación personal para aumentar el censo del cementerio en contra de su voluntad, no es muy descabellado pensar que tenía un cómplice. Y que éste se ha librado de él con sus mismos procedimientos.

—¿Y cuándo interviene el ratón Mickey? —siguió burlándose.

—Oiga, Rawlings —arrastré las palabras—, hay que aceptarlo así. Métaselo en la mollera. ¿Se le ocurre otra explicación más lógica?

Ahora calló. Y yo seguí con mi bloc, barajando las sílabas otras veinticinco veces.

Terminé por colocarlas en el mismo orden que correspondía al encuentro de cada uno de los cuatro cadáveres.

SOERROCATSIL.

Ni más, ni menos.

—¿Qué diablos está escribiendo en ese papel? —preguntó intrigado, atisbando por encima de mis hombros.

Se lo dije.

—Si se lo toma en plan de crucigrama, vamos bien. Digo, si vamos bien.

No hice ningún comentario. Nada respondía a sus palabras. Pero por la expresión de mi rostro comprendió que algo pasaba.

Me enderecé con la misma ligereza que si acabara de picarme un escorpión. Luego permanecí quieto. Tieso y muy quieto.

—¡Eh!, ¿qué le pasa ahora?

Seguí en silencio. Con la vista muy fija en las letras.

Se me había ocurrido leerlas al revés.

¡LISTACORREOS!

Eso decía la maldita palabra.

De repente, brinqué en la butaca. Le puse el bloc a un centímetro de los ojos.

—¡Lea esta palabra! —grité—. ¡Léala a la inversa!

Lo hizo, y también se quedó muy serio.

—Aquí dice... —murmuró—, LISTACORREOS. Lista de Correos. Pero..., ¿qué significa?

El manotazo que le di en la espalda le hizo avanzar un palmo.

Para que no se le escapase ni una coma, anuncié muy despacio:

—Significa, que Duncan Jarber envió el paquete de las drogas a Lista de Correos. Consignado a nombre de Harry Drake. Y por medio de los sellos le remitió la clave.

Zarandeó su cabeza como si fuera de trapo. Como un muñeco del tiro al blanco.

—Pero..., Burman. Usted está como una cabra. ¿Para qué tanto misterio?, ¿a santo de qué ese juego siniestro de sellos?, ¿por qué a Harry Drake?

—Le he dicho antes, que Harry no era lo honrado que podía creerse. Cuando Jarber decidió confiarle el secreto para que caso de ocurrirle algo a él la «mercancía» no fuese a manos de Martino, sus razones tendría, ¿no?

Mat Rawlings no estaba dispuesto a darme la razón esta vez.

—Eso era salir de Guatemala y meterse en guatepeor. ¿Y si Drake se plantaba en Correos, retiraba el paquete, lo distribuía por su cuenta y se quedaba con la pasta?

—No era hombre con suficiente valor para jugarle una mala pasada a un fulano de la especie de Jarber.

—¡Que no! —se emperrió—. Y no me diga que espera encontrar ese paquete en Lista..., ¿lo espera, Burman?

Negué inclinando la cabeza.

—Desde luego que no. Pero puedo saber quién fue la persona que lo retiró, ¿no cree?

—¡No cree!, ¡no cree! —repitió con hastío—. No creo en nada. ¡En nada!

—Pues yo creo en algo —repliqué con dureza—. Debo creer y seguiré adelante. Pase lo que pase. ¡Salga el sol por donde quiera!

—¡Eh! ¿A dónde va con tanta prisa?

Me paré en mitad del pasillo.

—Usted cuídese de la ambulancia y eh forense —silbé entre dientes—. Voy a seguir adelante aferrado a cualquier pista, al menor detalle. Por inverosímil que a usted le parezca. ¡Ah!, y el pacto sigue en pie. Al menos, por mi parte, pienso cumplir.

Reanudé mi camino dejándole sumido en un mar de confusiones.

Tuve que hacer tiempo. Los ilustres funcionarios de Correos no iniciaban su ardua tarea hasta las nueve de la mañana.

Unas nueve larguitas a las que había que echarle un tarro de paciencia.

Por fin se alzó la ventanilla. Y yo, claro, fui el primer cliente de la mañana.

Al otro lado distinguí una carita picaresca, cubierta de pecas, con nariz respingona, que resultaba muy graciosa.

También tenía otras cosas.

Exhibí mi porta carnet —en el que llevaba documento de identidad y carnet de conducir—, como lo hubiera hecho Rawlings o el mejor de sus sabuesos.

No era la primera vez que echaba mano de aquella argucia.

La pecosita se impresionó cuando le dije:

—Policía. De la Brigada de Homicidios.

Y aparté con rapidez mi «credencial». Antes de que se le ocurriera examinarla de cerca.

Se puso en pie. Asomó todas sus gracias por el hueco abierto del cristal.

—¿En qué puedo servirle? —me preguntó con mucha decisión.

Pensé que tenía una boquita muy agradable, pero no se lo dije.

—Necesito saber si en el transcurso de la pasada semana o lo que llevamos de ésta, alguien ha retirado un paquete consignado a nombre de Harry Drake.

Me miró confusa. Se explicó:

—Solamente el interesado puede retirar una carta o paquete en Lista de Correos —hizo una pausa, y tras sonreírme de una manera muy agradable, añadió—: La única excepción existe, como es lógico, en la persona a quien el destinatario autorice de su puño y letra. Y sólo en casos de enfermedad, ausencia o incapacitación. Consultaré el registro, ¿quiere repetirme el nombre, por favor?

Lo repetí:

—Harry Drake.

Tomó rumbo a una mesa de escritorio sobre la que se veían varios libros. Seleccionó uno, lo abrió, y deslizó el índice, columna por columna.

Un gesto de contrariedad se dibujó en su rostro agraciado.

Repetió la misma operación con los libros restantes, componiendo el mismo gesto cada vez que cerraba uno.

Transcurrieron los minutos. Conté quince de ellos.

Finalmente regresó hasta mí encogiéndose de hombros.

—Lo siento —me dijo—. He repasado los registros desde tres meses atrás, y en ninguno de ellos aparece ese nombre. Puede tener la completa seguridad de que no se ha recibido ningún envío consignado a Harry Drake.

Más que sorprendido, me quedé atónito.

Rojizo infierno de enigmas tortuosos, de senderos retorcidos que no conducían a la verdad.

Los sellos... la clave en tinta roja... la palabra al revés.

SOERROCATSIL. ¿Lista de Correos?

—¿Le sucede algo? —inquirió con expresión ansiosa, mirándome fijamente.

Hubiera podido decirle que sentía unas ganas locas de tirarme cabeza por delante contra la pared más cercana.

—Nada —mentí.

Y tras un corto silencio en el que volvimos a mirarnos, dije suavemente:

—No quisiera abusar de su amabilidad..., pero le ruego que consulte libros anteriores. Un par de meses más.

Sin un mohín de enfado, sin destemplanzas, accedió a complacerme.

El resultado fue el que yo suponía.

—Lo siento —repetió.

Murmuré un débil «gracias». Empecé a alejarme con pasos torpes y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Oiga! —me llamó.

Volví hacia atrás.

—¿Sí...?

—¿Quién es usted?

—Se lo he dicho. Agente de la Brigada de Homicidios.

Curvó irónicamente su deliciosa boquita.

—¿Me muestra otra vez su credencial?

Estaba tan desalentado que no opuse resistencia. La pecosa resultaba más lista de lo que había imaginado.

—De acuerdo, usted gana. No soy policía.

En contra de lo esperado, sonrió complacida.

—Lo he supuesto desde el primer instante. ¿Detective privado?

¡Vaya con la funcionaria! Con toda la sutileza que Mickey

Spillane ponía en las secretarias de sus fisgones.

—Correcto. ¿Qué pretende ahora? ¿Denunciarme?

Me obsequió una vez más con aquélla su sonrisa tan encantadora.

—Ayudarle —respondió con desenfado—. Me ha caído usted muy simpático, mucho...

—¿Ayudarme? —repetí incrédulo.

—Al menos, deje que me haga esa ilusión. Aunque lo que voy a decirle no le sirva de nada, no rompa el hechizo.

¿El hechizo? Qué clase de tonterías decía aquella muñeca llena de pecas.

Vi que me miraba de un modo extraño. De ése modo extraño con que las mujeres dicen que les gusta un hombre.

Tiempo atrás hubiera tenido más suerte. Ella y su boquita. Pero aquel día no estaba mi ánimo para romances.

Pese a todo, y dispuesto a escuchar la decimonona bobada, indagué:

—¿De qué se trata?

Compuso un gesto de misterio. Sacó la cabeza y cuello por la ventanilla. Se acercó a mi rostro para decir:

—Hace unos días vino aquí un hombre preguntando lo mismo que usted, ¿sabe quién era?

—Seguro que no.

—Harry Drake.

—¿Eh...?

—Me enseñó su documentación. Era auténtica. Ya ve que a mí no se me engaña fácilmente. Dijo que venía a retirar un paquete que le habían remitido a esta lista. Y me acuerdo, como si lo viera, que se fue tan confundido como se iba usted.

No servía de mucho, pero estaba bien saberlo.

Le di el beso suave que tanto rato llevaba aguardando. Se lo merecía. Por su buena voluntad, por su cara graciosa cubierta de pecas, por sus labios tiernos y jugosos.

Porque un hombre nunca debe dejar de besar a una mujer si ella se lo implora con una mirada.

Un tipo que pasaba con un saco lleno de correspondencia nos miró con una sonrisa de complicidad.

Y al pasar a mi altura, siseó:

—Empiezas bien el día, amigo.

Sólo por hacerle sufrir de nuevo le di otro beso.

Giré sobre los talones y me largué con paso firme y decidido.

Para que no tuviera tiempo de llamarme otra vez.

Pese a ello, aún la oí decir:

—¡Termino a las dos!

Y yo, ¿cuándo terminaría?

En la calle lucía un sol espléndido. Maravilloso para quienes podían contemplarlo con ojos claros.

Un pesquisa llamado Cliff Burman los tenía demasiado turbios.

Pero no estaba vencido. No, no lo estaba.

No sé por qué tomé aquella decisión. Pero di a mis pasos un rumbo determinado.

Dispuesto a llegar hasta el final. O estrellarme contra mi propia temeridad.

CAPÍTULO VIII

«Cara de rata» me mostró sus dientes de roedor en la más «cautivadora» de sus sonrisas.

—¡Qué cara, compañero! —Gruñó en lo que quería ser una burla—. ¿Van mal las cosas? La muchacha, ésa, tu chica, está bien. Del todo bien. Pero que muy bien. Por ahora, se entiende.

Cuando me cansé de que se expansionara, lo atrapé por las solapas alzándolo en vilo.

—¡Cierra el hocico de una maldita vez, rata podrida! —grité, echando mi aliento sobre su abyecto rostro—. Dile al patrón que quiero verle. ¡Date prisa!

Lo empujé con fuerza. Salió dando tumbos y traspiés sin poder evitar sentarse en el suelo.

Me miró con los ojos inyectados en sangre.

—¡Ah, perro! Te mataré por esto, lo juro.

Vio que iba de nuevo a por él y se levantó presuroso. Al regresar, cosa de cinco minutos después, me dedicó una mirada turbia.

No abrió la boca. Me indicó con la cabeza que lo siguiera.

Basile Martino no tenía aspecto de haber dormido demasiado. Éramos muchos los que padecíamos aquella clase de insomnio.

Nada había cambiado en el decorado.

Quizá el puro que Martino masticaba con sus dientes no era el mismo de antes. Pero el resto, no ofrecía novedades.

Todo seguía igual.

El, como un rajá. Hundido en la cómoda butaca. Con aquella expresión afable en apariencia y cínica en el fondo. Mirando a los que estaban a su alrededor con la aureola de hombre poderoso.

De «Intocable».

Observando indiferente a las cucarachas que revoloteábamos abajo de su pedestal.

Se quitó al babeado habano de la boca. Torció los labios con su odiosa sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó—. No te esperaba tan pronto, detective. Que no, palabra.

«Cara de rata» se había quedado a mi espalda como un guardia de Corps.

Me volví hacia él sin responder a la pavada de Martino.

—¿Qué esperas aquí? —le pregunté con tono duro y mirada aviesa.

El creía, sin duda, que su jefe respondería a la pregunta. Pero no fue así.

Sin previo aviso, le solté un puñetazo en mitad de la cara. De los que hacen época.

Giró cuatro veces sobre sí mismo con la mirada extraviada. Cuando empezaba a perder la inercia, castigué su flato con dureza, culminando con un directo en la barbilla que lo empotró prácticamente en la puerta.

Sus huesos crujieron al plegarse en el suelo como fuelles de un acordeón.

Obré con la mayor tranquilidad porque estaba seguro de que Basile Martino era lo suficiente listo como para no descerrajarme un tiro por la espalda en su propio despacho.

Levanté a «cara de rata» por el cuello de su saco. Lo arrojé al otro lado de la puerta, en mitad del pasillo.

Cerré, encarándome definitivamente con Martino.

—¿No crees que te estás pasando de la raya? —me preguntó sin abandonar su sonrisa.

Sonrisa que yo hubiera cortado en flor con un par de puñetazos.

Traía mi papel bien aprendido. Y estaba dispuesto a escenificarlo fuera cual fuese el resultado.

Me acerqué a la mesa. Apoyé sobre ella la palma de ambas manos. Incliné el torso hacia delante.

—¡Terminó el juego, corrompido capitoste!

Moví mis zarpas al compás de un ritmo endiabladamente rápido.

Siete. Ése fue el número exacto de sonoras fofetadas que restallaron en un abrir y cerrar de ojos contra el rostro de Basile

Martino.

Obvio que no esperaba aquello.

Saltó hacia atrás derribando la butaca. Pero yo anduve más ligero. Rodeé la mesa atrapándole cuando se llevaba la diestra al sobaco.

Le machaqué la boca del estómago con un zurdazo impresionante. Se contrajo en un espasmo, y en el instante que trataba de aspirar el aire que había escapado de sus pulmones, doblé la derecha en perfecto «gancho» que no le astilló la mandíbula de verdadero milagro.

Se mantuvo unos segundos quieto. Luego se bamboleó como un junco, trató de conservar el equilibrio, pero la butaca derribada actuó de trampolín y le vio pasar por encima del encerado mosaico.

Sustituía el consabido jarrón de agua por una contundente patada en los riñones.

Se vino a la realidad con mayor prontitud que si lo hubiera arrojado en una piscina.

Leí muchas cosas en sus contraídas pupilas. En la mirada oscura con que pretendió atravesar mi silueta.

Extraje mi pistola. La monté. Puse el cañón a medio palmo de su entrecejo.

—Óyeme bien, magnate del hampa —arrastré las sílabas venenosamente—. No ignoro que Marta está en tus manos y que no vacilarás en matarla. Tú no te has detenido a pensar nunca si tus víctimas eran inocentes o culpable. Tienes tus leyes y dictas tus sentencias. Pero atiende..., presta atención que te conviene: ahora es tu piel la que está sobre el tapete. Porque ninguno de los «gatilleros» asquerosos que rondan por ahí fuera va a impedir que te rellene los sesos de plomo.

Puede que mi pensamiento fuera más lejos de la realidad. Puede que en un alarde excesivo de imaginación, diese a la mirada de Martino un sentido distinto al que en verdad reflejaba.

Pese a las dudas, tuve la convicción íntima de que Basile sentía miedo por vez primera en su vida.

Y que era yo quien había conseguido aquel imposible. Lo inverosímil en un tipo de su calaña.

Lo cierto es que preguntó:

—¿Qué pretendes?

—Que sueltes la lengua de una. Pero sin vacilaciones. Te juro que a la más mínima aprieto el gatillo.

Se dio por vencido.

No obstante, en su último coletazo de ballena poderosa, me advirtió:

—Con esto, Burman, has firmado tu sentencia. Te creía más listo. El universo te resultará infinitamente pequeño para escapar a mi venganza... te perseguiré adonde quiera que vayas..., me cobraré lo que has hecho, ¡te lo juro!

—Martino —silbé con peligroso acento—. Mi paciencia se agota. Me he cansado, ¿sabes? De ti y de todos los que son como tú, de vuestros retorcidos procedimientos, de vuestras empresas criminales, de la impunidad que os asiste para pisotear derechos y vidas, del fango en el que se alzan vuestros tronos... del mundo mezquino que os adora como reyes. Sé que nadie se atrevería a lo que yo, no ya en la ciudad, sino en la nación entera. ¡Enfrentarse a Basile Martino! Quizá ayer, tampoco yo me hubiese atrevido. Pero hoy, no razono mejor que un loco. Me he vuelto loco, ¿entiendes? Desde las diez de esta noche. ¡Asesinatos, sellos, claves, insidias, sucios intereses! Y yo bailando en mitad de ese trágico escenario a vuestro antojo y capricho. Como un muñeco de trapo. ¡Se acabó, Martino, se acabó! Si hubieras dejado a la chica en paz... que nada tenía que ver en el asunto, puede que hubiese meditado antes de escapar a mi condición de cucaracha. Pero ya es tarde.

Basile Martino, podía asegurarlo ahora, tenía miedo. De mi expresión, de la forma resuelta como empuñaba la pistola.

Del extraño brillo de mis ojos.

Ya no había sonrisa cínica en sus labios. Estaba exenta su mirada de aquella seguridad argumentada en su condición de Intocable. Había desaparecido la grandilocuencia. Los ademanes de fingida comprensión, de perdonavidas.

Así eran aquellos tipos. Cobardes mujerzuelas en el fondo.

—¿Qué quieres saber? —inquirió con voz poco segura.

—La historia de Duncan Jarber. El porqué de este rallye de crímenes. Los medios que te sirvieron para llegar hasta Harry Drake, para averiguar que él tenía los sellos. Tu posición en este asunto. ¡Todo, Basile, todo! En una palabra, todo.

Curvó los labios en rictus repulsivo.

—De haberlo sabido todo..., ¿crees que hubiera raptado a la chica para obligarte a trabajar para mí?

—Al «grano», gran tipo. Sin frases bonitas ni razones ambiguas. Quiero hechos concretos.

Hubo un silencio. Luego, anunció:

—Duncan Jarber era el segundo de mi «racket». Un hombre inteligente que sabía trabajar. Que conocía su profesión. Hasta que un día me la jugó.

—Pasó un cargamento de drogas muy importante —le interrumpí—. Algo así como medio millón de dólares, ¿no?

Me observó con evidente sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

Sonreí por un extremo de la boca.

—También tengo mis contactos, «honorable» Martino. Esto es grande, no todos trabajan para ti.

Replicó jactancioso:

—Cuantos pueden ser útiles, sí. Pequeños, medianos y grandes, están a mi lado. De buen grado, por dinero, o por la fuerza.

Aquello ya lo sabía. Y lo sabido estaba de más. Le insté:

—Sigue.

—Duncan llegó a Chicago con las drogas, me consta positivamente. Pero a las dos horas, se esfumó. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Cerré la «malla» alrededor de la ciudad para asegurarme de que no saldría. Hasta los más insignificantes se pusieron a trabajar. En busca de su rastro. Tras una pista que me llevara hasta él.

—Hasta las drogas —rectifiqué—. Tú buscabas los quinientos mil en polvo.

—Y a Jarber. No tolero que los hombres que gozan de mi confianza jueguen sucio conmigo.

—¿Dónde hallaste esa pista?

—En una carta.

Solté un respingo. Advertí ominoso, agitando la automática:

—Piensa bien lo que dices, ¿eh? Me duele la cabeza de tanto oír idioteces. No des forma a la idea pueril de engañarme porque te hago vomitar el encéfalo.

—Fue una carta. Te lo aseguro. Está ahí, en el cajón central de mi escritorio.

Me aparté ligeramente. Sin apartar el cañón de su entrecejo.

—Ve por ella. Por la carta, ¿entiendes? Prueba a sacar el «petardo» si tienes narices.

Se movió, con las manos bien visibles. Sólo sacó la carta. Y con infinitas precauciones. Para que no confundiera ninguno de sus movimientos por ademanes de rebeldía.

Me la enseñó; agitó el sobre en su mano; hizo intento de tendérmela; yo le dije:

—Léela tú mismo.

Escuché su voz insegura, recitando:

«Harry: Supongo que cuando recibas esta misiva los sellos ya se encontrarán en tu poder. Como elementos de filatelia no valen un centavo, tú eres entendido en la materia y poco te habrá costado verificarlo. No te asombres pues, si te digo que valen medio millón de dólares. En drogas, Harry. ¿Te acuerdas de cuándo empezaste? No eras nadie. Y hoy vales lo que pesas en oro. Por tu inteligencia. He seguido tu ejemplo. He jugado nada contra todo.

»Bueno, estoy haciendo historia, y eso de nada vale. Tampoco dispongo de mucho tiempo. Basile Martino ha cribado la ciudad para dar conmigo y recuperar el alijo. Las drogas le pertenecen... le pertenecían mejor. Por eso te he mandado los sellos. Cada uno muestra una sílaba escrita en tinta roja. Es la clave que te conducirá al lugar en que he escondido la mercancía.

»Si algo me ocurre, o en el plazo de cinco meses no vuelves a recibir noticias mías, el paquete es tuyo. Puede que Basile de conmigo y me liquide, es un riesgo que forzosamente debo correr. Si eso sucede, no vaciles en hacerte con los “polvos”. Aunque hayas renunciado a las «actividades» de antaño, aunque te sobren los dólares, medio millón no caerá mal en tus bolsillos.

»Es una muestra de mi agradecimiento por lo que en otros tiempos hiciste por mí.

»Suerte.

»*Duncan*».

Tras la lectura de la carta se abrió otro paréntesis de silencio. Puede que mi sonrisa desconcertara a Martino, pero yo sabía muy bien el porqué de ella.

—¿Cómo te hiciste con la carta? —le pregunté.

—Te he dicho que los pequeños y medianos que pueden ser útiles trabajan para mí. Tengo gente en la oficina de Correos.

Solté una risotada burlona.

—¿Se dedican a abrir las cartas una por una..., o adivinan el contenido con una bola de cristal?

—Algo más rápido, menos expuesto y más sencillo. Leen el reverso de los sobres.

Extendió el que tenía en la mano. Pude leerlo con cierta claridad. En el remite no había dirección alguna. Pero sí un nombre: DUNCAN JARBER.

—Si conseguiste esa carta, ¿cómo se te escapó la que contenía los sellos?

La respuesta fue sencilla. No podía ser otra.

—Porque los sellos, pesquisa, fueron depositados en el buzón de Harry por propia mano de Duncan. Ese sobre no pasó por Correos.

—Razón que me impulsa a comprender lo sumamente imbécil que eres. Tu amigo Jarber llevó los sellos personalmente, los echó en el buzón, y luego escribió la carta y la mandó por correo. ¿Sabes por qué? Yo te lo diré. Porque estaba seguro de que esa carta llegaría a tus manos y no a las de Drake. Y para tener la certeza de que así fuera, se molestó en poner su nombre al dorso en letras de molde.

Parpadeó. Me miró embobado.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es lógico que un tipo que acaba de «soplarle» medio millón de dólares en drogas al «honorable» Martino, se entretenga mandando cartitas por correo evidenciando su nombre y apellido. Pero sí es lógico, cuando lo haga intencionadamente. Cuando sepa que Basile Martino es un imbécil fatuo y vacío. Cuando piense en tenderle una trampa, en echarle carnada a las narices como se hace con un perro de presa.

—Insinúas... ¿qué Drake era un cepo para distraer mi atención?

—Lo afirmo, que es diferente. Duncan se permitió el lujo hasta de tomarte el pelo.

Su rostro se congestionó. Para que no se olvidara de que yo estaba allí con una pistola en la mano, adelanté el cañón unos centímetros.

Pregunté seguidamente:

—¿Me hablas de Harry Drake?

Volvió a la realidad para responderme:

—Maida lo trabajó. Primero con polvitos en el *whisky* para desatarle la lengua. Luego lo redujo a la impotencia con sus caricias de hembra exuberante. Esta noche iba a traerle los sellos.

—¿Estuvo Maida en casa de Harry viendo sus colecciones?

—Obvio que no. Drake era casado. Tú lo sabes..., ¿no te contrató su mujer esta noche?

—Lo hizo —asentí—. Bien, Basile, es cuanto necesitaba saber para constatar mis sospechas.

Me dirigió una fugaz mirada de incompreensión.

—¿Sospechas...? ¿De qué o de quién?

No respondí. Dije, en su lugar:

—¡Ah!, para que no me remuerda la conciencia al cobrarte los diez mil, te diré una cosa. Querías al asesino, ¿no? Como tú ya suponías, a Drake y a Maida los «liquidó» Duncan Jarber. Ahora se hacía, escucha bien, «se hacía», llamar Vic Cassey. Mona Dailey le daba cobijo. En adelante, la tierra y los cipreses les darán cobijo a ambos. Cuando los he visto por última vez estaban muertos. Con una bala en la garganta y un sello en la frente.

—¡No puede ser! —barbotó.

—Pues es. Llama por teléfono al teniente Rawlings de la Brigada de Homicidios. El te lo confirmará.

—¿Entonces...? —balbució.

Yo completé la pregunta.

—¿Quién es el asesino?, ¿quién tiene las drogas? —Y añadí por respuesta—: Si eres paciente, no tardarás en leerlo en los periódicos. El enigma de la filatelia mortal está tocando a su fin, Martino. Contigo he empezado a resarcirme de la noche que me habéis hechos pasar, pero no te aflijas, alguien pagará mayor tributo. Te lo garantizo.

Se retorció las manos. Me miró casi suplicante. Dijo en tono persuasivo:

—Dame su nombre, detective. Y me olvidaré de todo. Y te devolveré a la chica. Y te pagaré veinte mil.

—Y correrás a liquidarlo —proseguí—. Y recuperarás el medio millón. ¿Me ves cara de idiota, Basile? Además, no tienes que olvidar que quien manda ahora soy yo. ¡Siéntate a la mesa!

Obedeció sin rechistar.

—¿Qué más quieres, Burman?

—Coge papel y pluma.

Lo hizo, sin acabar de comprenderme. Y yo, me apresuré a disipar sus dudas.

—Con puntos y comas, emperador del hampa, vas a redactar de tu puño y letra una carta muy instructiva.

—¿Una carta?

—Exactamente —asentí—. En ella te vas a acusar de haber financiado el viaje de Duncan Jarber a Méjico, de haberle ordenado que recogiera allí un alijo de heroínas valorado en medio millón de dólares. Sobre todo, procura que las cifras se lean con claridad. Y debajo, en párrafo aparte, harás constar que te has servido de una muchacha llamada Marta Kostka, trayéndola a tu guarida por la violencia, para coaccionarme y obligarme a que trabajara para ti en la búsqueda de Duncan Jarber.

Estupefacto. Lívido de rabia. Brillándole los ojos de manera febril. Con un brillo demoníaco de satanística importación.

Éste es el aspecto que considero ofrecía su rostro.

—Cliff Burman —deletreó mi nombre como si su boca fuera un barril de odio y ácido corrosivo—, ¿estás rematadamente loco?

Sonreí burlón.

—Te lo he advertido al principio —respondí. Y clavando mi automática en su nuca de cerdo, agregué—: Y no quiero repetirte que estoy dispuesto a matarte. ¡Escribe, y pronto!

Mordiéndose los labios, apretando la pluma fuertemente, lanzando sobre mi rostro encendidas miradas asesinas. Así escribió.

Pero lo hizo.

Me guardé la «carta» en el bolsillo con toda tranquilidad. Con ademanes ostensibles que contribuyeron a aumentar su irritación si ello era posible.

—Ahora, campeón, vamos a por la muchacha. ¡Sal de la mesa!

Se levantó.

Pasando a su espalda le despojé de la automática que llevaba en la sobaquera. Fui a colocarla entre correa y pantalón.

Todas las precauciones serían pocas para el riesgo que me disponía a correr.

—¡Quítate la corbata! —le ordené a continuación. Y cuando lo hubo hecho, le dije—: Las manos por detrás y extendidas hacia mí.

En esa posición le sujeté las muñecas fuertemente. Y con buenos nudos. Una de las pocas cosas buenas que había aprendido durante mi estancia en la Navy.

—Cuando salgamos fuera —susurré junto a su oreja, aferrándole por un brazo—, advierte a tus hombres de que no deben intentar el más ligero ademán de agresión. Como te vea vacilar, Martino puedes despedirte de tu opulenta existencia. ¿Has comprendido bien?

Dio un cabezazo de asentimiento.

Al primero que encontramos en el pasillo fue a «cara de rata». No muy repuesto todavía de las «caricias» que yo le había propinado.

Segundos después, apareció Pat, alias «Rodolfo Valentino», con su raya impecable, su traje azul eléctrico y su cara de asesino.

El silencioso no se hizo esperar demasiado.

Los tres «gatilleros» que componían su guardia personal. Lo más «selecto» de cuantos killers cobijaba *el* bajo mundo de Chicago.

Nos miraron boquiabiertos. Poco les faltó para darse una palmada en la frente y asegurarse de que no soñaban.

—Martino —hice restallar mi voz—, díles que suelten la «artillería».

—Haced lo que ha dicho —repitió en tono ahogado por la rabia—. ¡Rápido, imbéciles!

Y es que seguían sin comprender. Basile Martino, el «honorable», el todopoderoso, el hombre a quien casi veneraban. Temido y respetado por policías, abogados, fiscales, políticos, y por otros que estaban más altos.

Reducido a la impotencia con asombrosa facilidad por un don nadie como yo. Por un pesquisa que no tenía medio penique. Por una de las cucarachas.

Uno tras otro, fueron echando sus pistolas al suelo.

—Ahora —seguí en plan de manda más—, que traigan a Marta. Que lo hagan con cuidado si en algo aprecian tu pelleja, ¿eh?

Les pasó la orden. Pat y «cara de rata» se pusieron en movimiento.

—Vamos a tu despacho, Martino —le sonreí irritante—. Aún no he cobrado los diez mil.

El silencioso, que me había fulminado con la mirada cien veces en un segundo, se encargó de abrir la caja fuerte del «amo». Contó diez de a mil y los puso en mi mano.

—¡Gracias, generoso!

Aparecieron los otros dos acompañando a Marta. Antes de que fuera tarde y para evitar que ella diera rienda suelta a sus nervios y emociones, le grité:

—¡Domínate, Marta! Procurando no pasar entre ellos y yo, acércate a mi lado.

Seguía aferrando el brazo de Martino. El cañón de mi pistola estaba prácticamente enterrado en su chaqueta a la altura de los riñones.

Marta, haciendo gala de un temple extraordinario, se plantó a mi derecha. Tomó con mano firme la pistola que yo llevaba entre cinto y pantalón, la montó, y terminó enfilándola hacia los tres pistoleros.

—¡En marcha! —le dije a Basile—. Iremos en tu coche.

Pat «Rodolfo Valentino», Tony «cara de rata» y el silencioso, se quedaron encerrados en el despacho del jefe.

No hubo contratiempos a la hora de salir. Llegamos al garaje con toda clase de facilidades.

Basile Martino pasó al asiento trasero. Entonces, empleando los cordones de sus zapatos, le ató los tobillos. No quería sorpresas desagradables durante el trayecto. Me puse al volante y Marta se sentó a mi lado. Suspiró aliviada cuando empezamos a dejar atrás el «cuartel general».

Del «racket» más poderoso —Capone a un lado— que asolara Chicago durante una sucesión de años.

Conduje en silencio con la cabeza de ella reclinada sobre mis hombros.

Cuando distinguí a lo lejos el principio de Crawford And

Avenue, apliqué los frenos.

Bajé, abrí la portezuela de atrás y liberé a Martin de sus ligaduras.

Durante un minuto nos miramos en silencio. Cuanto teníamos que decirnos lo dijimos con los ojos, pero aun así, hablé:

—Ahora me toca extorsionar a mí, Basile. Los papeles se han cambiado. No pienso meterme contigo si tú me dejas tranquilo, pero si te empeñas, bastará con qué recuerdes que conservo la «cartita». Redactada y firmada de tu puño y letra. ¡Todo un trofeo! Excelente argumento para un hombre como Kent McBryan. Nunca ha cedido al cohecho y me consta que te tiene «ganas». Si algo me ocurre, capitoste, la carta llegará a manos del fiscal. Entonces... que Dios se apiade de tu alma.

Hice una pausa, agregando con mucha intención:

—Hubo un tipo llamado «Scarface» que fue a prest dio por escamotearle cuatro cuartos al «fisco». Jamás pudieron probarle ninguno de los crímenes que había cometido. Pero no lo olvides... se despidió de la vida entre las rejas de Alcatraz —y en lo que fue despedida, dije—: Manda a tus chicos por el cacharro, lo dejaré en cualquier callejuela. ¡Hasta la vista!

Acto seguido le di la espalda. Subí al coche. Lo puse en marcha.

Por el retrovisor, durante varios minutos, contemplé la rígida silueta de Basile Martino. Erguido en mitad de la carretera como una estatua de bronce.

Alcancé la primera curva y desapareció de mi campo visual.

Me pegué a la derecha, torcí por una bifurcación que serpenteaba la arboleda y apreté el freno nuevamente.

Mucho quedaba detrás. No todo.

Marta vino a mis brazos. Llorando y riendo, recibiendo mis besos y caricias. Devolviendo el amor que recibía con toda la pasión de su vitalidad deliciosa.

Por unos momentos me pareció que tenía entre mis brazos una hoguera incandescente.

Tal era su ardor.

Su fuego.

Terminé por chispear en él.

La explosión de nuestras ansias contenidas se repartió a lo largo de varios minutos.

Nos separamos con la respiración entrecortada. Con los ojos brillantes.

Tras el último beso, más dulce y apasionado que ninguno, me preguntó:

—¿Qué ha sucedido, Cliff?

Y yo, Cliff Burman, como si flotara por el espacio sobre una nube de sensaciones deliciosas, dije:

—Eres lo único bueno, lo único noble y limpio que la vida ha sabido ofrecerme.

—¡Cliff! ¡Cliff! —Me besó en la frente.

Parpadeé al momento. Con sólo sentir el contacto de sus labios...

¡La frente!, ¡los sellos!

La misión, todavía no estaba cumplida.

Me confié a Marta con todo detalle.

Al término de lo que fue largo relato, quiso saber:

—¿Y ahora, Cliff?

—Hice un pacto con Rawlings. Le aseguré que cumpliría mi parte. Eso voy a hacer. Puesto que le he entregado a Duncan muerto, le entregaré al cómplice y cerebro de esta trama diabólica, vivo. ¡Para que McBryan deje de amargarle la vida!

Di el contacto. Accioné el cambio. Puse marcha atrás.

Efectuada la maniobra, volé en busca de la autopista, de Chicago, y de un asesino que creía permanecer en la impunidad.

No hay crimen impune.

¿Se lo había leído a Mickey Spillane?

CAPÍTULO IX

Abandoné el despampanante «Cadillac» de Basile a la entrada de una estrecha calleja en la que apenas cabía.

Llamaría la atención. Les sería más fácil recuperarlo.

Le entregué a Marta los diez mil dólares y el papel en que Martino había redactado su confesión.

Luego, la acompañé cerca del despacho de Rawlings. Nos detuvimos a unos diez metros de la entrada.

Dije entonces:

—Preséntate al teniente de mi parte. Le explicas que tu vida corre peligro y que debes permanecer con él hasta que yo venga a buscarte. ¿De acuerdo?

—¿Y si me hace preguntas?

—No sabes nada. Los hombres de Martino te raptaron, yo te rescaté, pero no sabes el por qué ni el cómo.

—Cliff... —susurró temerosa—, tengo mucho miedo. Por ti. Por lo que pueda sucederte.

—Sé cuidarme, Marta. Ve tranquila. Todo saldrá bien.

Sin importarle la curiosidad de los peatones, se empinó sobre la puntera de los zapatos y cerró mis labios con un prolongado ósculo.

—Ten mucho cuidado..., Cliff.

Un último beso. Después, su silueta grácil, su andar armónico y cadencioso. Perdiéndose por la entrada de Jefatura.

Desapareció de mi vista.

Di media vuelta. Caminé despacio, con pasos cortos, medidos y seguros. Con una lentitud preconcebida.

Durante muchas horas de aquella noche habían estado jugando conmigo. Pero el decorado, en el acto final de la siniestra comedia de los sellos, iba a cambiar.

Había cambiado radicalmente.

Era yo quien empezaba ahora a jugar. Primero con Basile Martino. Y a partir de aquel instante con el truculento asesino de Mona y Duncan.

Con más tranquilidad que nunca, enfilé las zancadas hacia mi agujero.

No era un fin lógico, ¿verdad? Yo tenía la obligación de correr en busca del asesino.

Como los pesquisas de Mickey Spillane.

Sin embargo, caminaba hacia mi lóbrega oficina. Por dos razones poderosas.

Una, porque tenía la absoluta y completa seguridad de que el asesino vendría a mi encuentro. De que ya estaba tras mis talones.

Esta vez, el telón descendería de forma distinta a como solía caer en las novelas.

Otra, porque si las cosas no rodaban como yo esperaba, cabía la remota posibilidad de que Mat Rawlings, al ponerse en movimiento, echara un primer vistazo a mi agujero.

Al igual que antes de las diez di vuelta a Addison Street. Sin tener un pensamiento para Mike Simmons.

Subí las escaleras, abrí la puerta, crucé la antesala y pasé al despacho. Me acomodé tras la mesa, saqué una botella de *whisky*, y del gollete a la boca ingerí un buen trago.

Me acodé tranquilamente. Reloj en mano dejé transcurrir cinco minutos.

Luego, con la certeza de que alguien escucharía mis palabras, dije en voz alta:

—¡Adelante! Le he dejado la puerta abierta para que no tropezara con dificultades Pase, ¡pase y muéstreme su pistola! ¿Ha traído sello para pegármelo en la frente?

La hoja de madera terminó de abrirse con lentitud. Diría que milímetro a milímetro.

Apareció su silueta. Su mano empuñando la pavonada automática.

Su rostro perverso. Sonriendo con expresión asesina.

—Es usted muy listo, Cliff Burman —recitó con voz suave—. Más de lo que yo suponía.

Mantuve las manos en lugar bien visible.

Para que sus ojos grandes de tonalidad verde violeta pudieran verlas en todo momento.

Para que la pistola no agujerease mi garganta antes de lo previsto.

—¿No va a sentarse, Lorna Drake? —La invité con tranquilo desenfado.

—Lo mataré mejor de pie, detective —dijo con sádico deleite—. Ha querido facilitar mi «trabajo», ¿no? Se ha pasado de «rosca». Su alarde de temeraria inteligencia equivale a una losa de mármol y dos palmos de tierra. Lo ha tomado por un juego, ¿no? Pues lo es... es un juego de muerte en el que usted lleva la peor parte.

Seguía de pie.

El cerebro. La mano asesina que terminara con Duncan Jarber y Mona Dailey. El cómplice del que se la jugara a Basile Martino.

¡Qué trama más perfecta! Jamás había conocido mente más siniestra, mejor predisuelta para el crimen.

Lorna Drake. De quien nadie había tan siquiera sospechado.

Sólo yo. Una cucaracha con licencia de detective.

—¿Va a matarme —pregunté sin perder mi aplomo— antes de satisfacer mi curiosidad? Al menos, los gusanos tendrán algo que roer.

—Usted lo sabe todo, tipo inteligente —respondió, sin que su mano oscilara lo más mínimo—. Precisamente por eso, voy a matarle.

Sonreí. Esperando que el escalofrío que circulaba por mi espinazo no tuviera reflejo en mis ojos.

—¡Oh, no! —exclamé—. Le aseguro que todavía no he comprendido su... diabólico juego. En las novelas, los detectives dan la explicación final... invirtamos los términos, que sea el asesino quien se explique esta vez. La escucho mientras voy rezando mis últimas oraciones. ¿Tenía Jarber relaciones amorosas con usted?

—Las tenía. Fue el verdadero hombre de mi vida. Al que me entregué con toda la pasión de mi ser. Me costó... apretar el gatillo. Quiso burlarse de mí. ¡Con esa puerca asquerosa de Mona! ¿Podía compararse ella conmigo?

—Harry, su marido, ¿tuvo que ver con Duncan?

—Cuando Harry no era nada. Ambos trabajaban para un mismo

patrón. En Nueva York. El tuvo un golpe de buena suerte que le proporcionó millones. Jarber, pese a ganarle en inteligencia, siguió en el fango. Un día fue a verle. Mi marido ya era entonces un hombre digno. Asquerosamente honrado, tanto, que hasta había llegado a convencerse de ello. Un filatélico millonario con mucha sangre en la conciencia. Alternando con lo bueno y mejor de Chicago, ofreciendo esplendorosas recepciones en su mansión de película a todo color. Incluso le adulaban cuatro imbéciles solteronas. Duncan vino a pedirle ayuda, pero él, con desprecio, se la negó. Yo me fijé en Jarber hasta el punto de volverme loca por sus caricias. Era la clase de hombre que yo necesitaba. Un hombre al que tenía que suplicar para que aceptase... cuanto yo le ofrecía. Mi amor y el dinero de Harry.

Daba asco. Náuseas.

Poniendo al descubierto la sucia podredumbre de sus retorcidos sentimientos con aquel pasmoso cinismo.

No era mejor que cualquier hembra animal. Dominada por sus pasiones sexuales sin importarle satisfacerlas sobre un lecho de sangre.

—Harry nos sorprendió una tarde —siguió con su tono frío, despótico, apuntándome con igual firmeza—. Le dijo a Jarber que lo mataría y éste lo amenazó con revelar su oscuro pasado. Fue lo suficiente cobarde como para adoptar la actitud de marido «complaciente». Por aquel entonces, Duncan entró a formar parte en el «racket» de Basile Martino. Pronto ganó su confianza y escaló un puesto de privilegio en la organización. Se convirtió en la mano derecha del «honorable», en su asesor y consejero, llegó a ser la verdadera eminencia gris. Yo, yo fui quien le hizo comprender que no era justo que estuviese bajo las órdenes de un inepto, de un cerdo asqueroso que dominaba la ciudad gracias a su cerebro.

»Poco después, Martino y él planearon una «operación» de drogas en gran escala. Duncan debía ir a Méjico para asegurar el éxito de la empresa. Pero Duncan ya era mío entonces, sólo escuchaba mis palabras, sólo obedecía mis órdenes. Le hice comprender mi idea. El proyecto más ambicioso y perfecto que jamás pudiera imaginarse. Hacernos con el medio millón de drogas, eliminar a Harry, desaparecer de esta ciudad con la herencia que a mí me correspondería y los quinientos mil.

Hizo una pausa. Agitada la respiración, enfebrecidos los ojos verde violeta a medida que avanzaba en su diabólica narración.

Una mujer satánica. Un diablo enviado a la tierra con la espléndida recubierta de mujer hermosa, deseable, perversa y apetecible.

Ruina de hombres y vidas.

Reconozco que no había imaginado aquello. No tan retorcido. No tan monstruoso.

—Duncan —prosiguió, húmedos los sensuales labios—, se deshizo de los hombres que Martino había enviado con él. Luego, pusimos en práctica la segunda parte de mi plan. Yo le compré a un anticuario los cuatro sellos sin valor. Yo puse las sílabas en tinta roja. Yo misma los deposité en el buzón para que Harry los recogiera. Jarber, entretanto, escribió la carta, la que me imagino que Basile le ha dado a leer, ¿no?

Asentí en silencio.

—Como suponíamos, la extensa red de Martino se hizo con la carta antes de que llegara a manos de Harry. El «honorable» había mordido el anzuelo. Los se líos, la clave, el enigma que nosotros habíamos tejido alrededor de las drogas desaparecidas. Las cosas se complicaron cuando apareció Maida Preston. Harry se embobó con ella, empezó a pensar en los cuatro sellos con sílabas rojas que al principio había tomado por una broma de algún colega. Compuso la frase y se fue a Lista de Correos esperando encontrar una carta o un paquete. Empezó a comprender que alguien lo estaba empleando como conejo de indias. Y ayer por la noche se dispuso a confiar en Maida su descubrimiento.

—Por eso lo mató, ¿no?

Me obsejó con una sonrisa escalofriante.

—Desde luego. Si Basile Martino descubría nuestro ardid la vida de Duncan no valdría un centavo, sin embargo, mientras siguiera obstinado con los sellos perdería el tiempo y la partida. Duncan se encargó de Harry. Y se le ocurrió la estúpida idea de pegarle el sello en la frente para confundir, no sólo a Martino, sino a la policía.

—¿Y por qué Maida?

—Empezaba a saber demasiado del asunto. No era una estúpida con más misión que mostrarse desnuda en un tablado, era inteligente. Podía atar cabos.

—Y usted —dije, procurando distraer su atención sin conseguirlo ni por un segundo—, me contrató a mí. Yo era su coartada en caso de que la policía la considerara sospechosa. A la hora de cometerse el crimen estaría conmigo en el «Saint-Tropez» colocándome el cuento de los sellos sin valor.

—Exacto. Y a la vez, podía caer a los ojos de la policía como presunto culpable de la muerte de Maida.

—Perfecto, Lorna, perfecto. Pero las cosas no salieron de acuerdo con sus proyectos.

—No —aceptó agitando la pistola—. Usted se movió con más facilidad de la esperada. Pero cuando salió de mi casa, yo le seguí en todo momento. Y me hizo un gran favor. Porque yo ignoraba las relaciones que Duncan tenía con esa mujerzuela. Cuando le dejé a usted en la oficina de Rawlings me fui a por ellos. Pude escuchar su conversación. Jarber pensaba hacerse con mi dinero, con el que heredaría de Harry, vender las drogas a una red de traficantes que operaba fuera de Chicago y después, «liquidarme». Luego..., ¡estúpidos!, se largarían a Sudamérica. ¡El muy traidor, el muy asqueroso, usándome como instrumento de mi propio plan para disfrutar la pasta con una cualquiera...! ¡Por eso los maté! ¡Los maté a los dos! Antes de que se entregaran en brazos de su retorcido deseo.

—Y les puso el sello en la frente para acabar de confundir a la policía. Así, los cuatro asesinatos se achacarían a una misma mano. Su plan reducido a cenizas, pero su... «dignidad», vengada, ¿no? ¿Qué importa un crimen más o menos cuando se rueda por una pendiente de cadáveres... cuando se navega por un océano de sangre?

—¡Nada! —exclamó contrayendo las pupilas, brillando en ellas una llama infernal—. Nada importa matar cuando la vida nos destroza, cuando hace pedazos un hermoso proyecto. ¡Usted también morirá!

¿Había dicho «hermoso proyecto»?

Estaba loca. Demente. Lorna Drake se había convertido en un animal sediento de sangre y víctimas.

Extraviada su razón. Pensando solo en destruir y matar. Movida por un demoníaco instinto de arrebatar la felicidad de quienes la rodeábamos a costa de nuestras vidas.

Bien claro acababa de decírmelo.

Comprendí que había sido en exceso temerario. Jugar con un asesino inteligente, con un criminal fuera de serie, no era lo mismo que hacerlo con una bestia enloquecida que estaba resuelta a perforar mi garganta de un balazo.

Una bestia doble peligrosa por su condición de mujer.

En desesperado intento de ganar unos minutos preciosos, alimentando la remota esperanza de conseguir distraerla en su transcurso, hablé:

—De nada va a servirle, Lorna. Matándome podrá colmar sus criminales instintos, pero no logrará escapar a su suerte. Rawlings, el teniente de homicidios, sigue su rastro. ¿Cuánto tiempo cree que tardará en atraparla?

La sonrisa que vi en su boca confeccionó un nudo de saliva en mi garganta.

—Tengo un pasaje para el vuelo 456 Chicago-Roma que se inicia a las doce y cuarto. Ni usted, ni Rawlings, ni nadie... impedirán que tome ese avión. Antes de despedirnos —dijo una entonación significativa al: «despedirnos»—, quiero que me diga una cosa. ¿Por qué sospechó de mí?

Hice como que pensaba la respuesta.

—Estaba muy claro, Lorna —dije al término de unos segundos de silencio—. Usted me dijo que Maida pretendía comprarle esos sellos a su marido, unos sellos sin valor aparente. Que luego se los habían robado y que él estaba furioso contra la muchacha, dispuesto a matarla porque la creía autora del robo. Era poco lógico, ¿no cree? Martino me dio una explicación muy diferente de los hechos. Uno de los dos había mentido, ¿cuál? Usted, nadie más que usted. Basile nada ganaba engañándose. Si Maida hubiese robado los sellos, Martino los habría tenido de inmediato..., ¿para qué contratarme a mí entonces, para qué enviarme en busca de Duncan y las drogas? Partiendo de la base de que era usted quien había mentido, sólo existía una explicación. La que usted ha ofrecido a mi curiosidad para que los gusanos tengan algo que roer, ¿no?

Y coincidiendo con mis últimas palabras el índice de Lorna se cerró sobre el gatillo y sonó el disparo.

Mis reflejos abogaron por mi vida en décimas de segundo. Me

lancé al suelo en «plongeón» centelleante a la vez que extraía mi automática.

La enfocaba hacia ella cuando brilló el segundo fogonazo. El proyectil retumbó siniestramente entre las cuatro paredes deslucidas.

Noté un cálido agujonazo en el hombro derecho. Y un torrente viscoso de color escarlata empapó de inmediato mi saco.

Traté de revolverme. Quise cambiar la pistola de mano porque los nervios ya se negaban a que los dedos de aquélla obedecieran.

Una nube espesa empañó mis sentidos. Las fuerzas me abandonaron.

Me moví con infinita lentitud.

Y Lorna Drake se plantó frente a mí. Con el cañón de su pistola a medio palmo de mis sesos.

Vi el verde violeta de sus ojos. El rictus criminal que contraía su boca. La demoníaca expresión de morboso placer que traslucía su rostro.

¡Sí, era una bestia! Y yo, hasta para morir, un imbécil.

Sonó el disparo. Lo último que mis oídos captarían en este mundo.

Y otro. Y un tercero.

Oí los gritos. La obscena maldición. El agónico ronquido. El estertor.

Y febrilmente, más claro que nunca el cerebro, empecé a palpar mi cuerpo.

¿Y las heridas? ¿Dónde estaban los agujeros de los tres proyectiles?

Pese a que la sangre manaba abundante por el hombro, brinqué del suelo.

—¡No estoy muerto! —grité con alegría y sorpresa—. ¡No estoy muerto!

Y vi su cuerpo de bruces en el suelo. Escondidas sus formas rotundas en aquel vestido negro.

De luto.

Sus exuberantes encantos de bestia enloquecida. Sus pasiones y deseos. Su amor asesino por un asesino.

Su «hermoso proyecto». Su plan diabólico.

Todo había terminado. Porque los tres orificios estaban en su

espalda. Los tres, a la altura del corazón.

Lorna Drake, la mujer que me citara con voz ansiosa a las diez de la noche en el «Saint-Tropez», estaba muerta.

¿Quién...?

Apenas audible, porque aquella espesa neblina se adueñaba nuevamente de mis sentidos, percibí la voz lejana de Mat Rawlings.

Me decía, satisfecho:

—Yo también he cumplido, pesquisa.

Nada más. Fui a sepultarme en un mundo de tinieblas. De oscuro silencio.

El teniente Rawlings de la Brigada de Homicidios lo estaba pasando en grande.

Era todo explicaciones y ademanes grandilocuentes. Gesticulaba sudoroso, casi jadeante.

Kent McBryan, de seguro, lamentaba haberse metido con él tan a menudo. Porque ahora se las tragaba a la altura de un campanario.

En silencio y sin despegar los labios. Asintiendo con mecánicos movimientos de cabeza y pronunciando escuetos: «Sí».

Yo, al lado del fiscal, medio inmovilizado por el férreo vendaje que me habían aplicado en la clínica tras extraerme la bala, sonreía para mis adentros.

Pensando en aquella noche. En los doce mil dólares. En Marta.

—Por lo visto —se explicaba el teniente con ampulosos gestos—, a nuestros asesinos... porque eran dos, ¿eh, fiscal? —Eso último lo había dicho con mucha ironía—. Como decía, a nuestros asesinos se les hacía difícil pegar esos dichosos sellos con las manos enguantadas. Lorna Drake, cayó en el mismo error que cayera Duncan al asesinar a su marido. Dejó sus impresiones digitales en el rectángulito, bueno, ¿qué más da rectángulo que cuadrado?, el cuadrado engomado...

Kent McBryan se dio perfecta cuenta de que el otro tomaba cumplida venganza con sus chanzas e ironías.

Le interrumpió en tono cortante:

—¿Quiere terminar de una cochina vez?

Mat Rawlings, lo miró con fingido asombro.

—¡Calma, ea! Hemos de ir por partes, ¿no? ¿Qué decía? ¡Ah..., sí! Lorna pegó los sellos sin guantes, y por consiguiente, dejó unas flamantes huellas..., las cuales fueron a coincidir, precisamente, con

unas que mis muchachos habían encontrado en el despacho de Harry Drake. ¡Qué chicos éstos, no les pasa una por alto! Si Harry estaba muerto era obvio que no podía pegar sellos, y si añadimos que aquéllas no eran sus huellas, ¿de quién podían ser?

—De Lorna Drake —apuntó el fiscal con hastío—. Es usted un genio, sus chicos son unos genios, todo el mundo en este despacho es un genio. ¿Quiere que lo felicite?

—¡No!, eso sería impropio de usted. Lo suyo es acusar. Pero, aún no he terminado, ¿quiere oírme?

—Le oigo, Rawlings, le oigo. Llevo dos horas oyéndole.

El teniente largó un suspiro que parecía un disparo.

—Cuando tuve la certeza de que era ella y me disponía a detenerla, llegó Marta. La..., la novia de Burman. Se mostró remisa en sus explicaciones, pero cuando le dije que la vida de Cliff corría un grave peligro, me habló de cuanto sabía. Yo conozco a Burman, ¿sabe, fiscal? No es mala persona, pero sí un poco raro. Excéntrico. Le gusta hacer las cosas a su aire..., ¿recuerda el caso Mortimer? Me dio la corazonada de que lo encontraría en su agujero infecto y asqueroso. Llegué en la décima de segundo precisa para arrebatarlo de las garras de la muerte.

Kent McBryan se puso en pie. Se burló:

—Repito, Rawlings. Es usted un verdadero genio.

Dio media vuelta y se largó. Una vez solos, me dirigí al teniente con estas palabras:

—Le voy a hacer entrega de un documento... —dejé una pausa intencionada—, ¿recuerda que le ofrecí argumentos contra Martino, y fuera de contrato? —Le vi asentir con la cabeza—. ¡Aquí los tiene!

Saqué la hoja de papel, con cierta dificultad, y se la entregué.

A medida que iba leyendo, su euforia crecía, al menos, así me pareció leerlo en su rostro.

—¡Cliff..., esto es fantástico!

La insinuación que brotó de mis labios, frustró las ilusiones que su mente empezaba a concebir.

—¿Usted... lo cree?

—¡Naturalmente! —afirmó contundente.

Y acto seguido posó en mí una mirada de desconcierto.

—¡Eh!, ¿qué insinúa?

—Quiero que me haga una promesa..., y solemne.

—¿Cuál?

—Que hará uso de ese papel en el caso, en el caso único, de que a mí me suceda algo o de que Martino lo ponga a usted en graves aprietos.

Dudó unos segundos. Sonrió al fin y exclamó:

—Usted gana. Como siempre —levantó la mano derecha cómicamente—. Juro que así será.

Me dispuse a imitar al fiscal.

—¡Hasta la vista, Rawlings! En cuanto salga por esa oficina de al lado, ya puede desenterrar el «hacha».

—¡Correcto, pesquisa!

Me marché. Y le oí gritarme:

—¡Eh, Burman, encontré las drogas en casa de Lorna!

Y yo, cerca de la calle, correspondí a sus voces.

—¡Lo sabía, Rawlings!

Traspuse la puerta.

CAPÍTULO X

¿Saben en qué gasté los doce mil dólares?

Tres días después compré un «Ford» de segunda mano que estaba en inmejorables condiciones.

A punta de pistola metí en su interior a Marta y Rawlings, yo al volante, y camino de Green Bay.

Allí, vimos a un amigo mío llamado Oliver Vicksburg. Ejercía entonces como juez de paz.

La ceremonia fue íntima. El teniente Rawlins actuó como testigo.

Al salir, mi esposa y yo nos metidos en el auto, Oliver y Mat nos desearon un sinfín de venturas, el coche se puso en marcha y Rawlings se quedó en la puerta del Juzgado maldiciendo mis huesos y preguntándole al juez...

—¿A qué hora sale el primer tren para Chicago?

Le mandamos una postal con primer plano de un bikini no apto para cardíacos, y frases cariñosas al dorso.

Nos instalamos en un discreto motel de la vecina localidad de Madison.

Llevábamos tres días de deliciosa luna de miel, y al cuarto, recibimos un sobre.

Marta vino corriendo, agitándose en el interior de aquella transparencia que se ponía para estar en nuestro «nido».

La recibí en mis brazos. Tierna, «crujiente».

—Querido... —me susurró entre caricias y besos—, ha llegado esto.

Me entregó el sobre. Sin remite.

Lo abrí con precauciones..., ¡contenía cuatro sellos!

Y en cada uno, habían escrito una palabra en tinta roja. Los uní, para componer la frase; era ésta:

QUE SEAN MUY FELICES.

—¡Maldito Rawlings! —Sonreí.

Y tomé a mi mujercita por su cimbrena cintura.

Nos fuimos a ser felices.

FIN



BRILLO MORTAL

por

BURTON HARE

Y salió. Mejor dicho, intentó salir. Estaba todavía en el umbral cuando Max cerró violentamente, empujando salvajemente la puerta.

Fue una acción tan inesperada que tomó totalmente desprevenido al gorila, de tal manera que la madera le golpeó con tremendo impacto, casi derribándole de espaldas. Trastabilleó por el pasillo, y antes que pudiera recobrar el equilibrio, Max saltó sobre él descargándole un tremendo golpe en la sien.

El gigante cayó de rodillas y la automática escapó de entre sus dedos. Max la apartó de un puntapié y el arma se deslizó por el suelo hasta los pies de Gus, que contemplaba la escena dispuesto a intervenir si las cosas se ponían feas para su compañero.

BRILLO MORTAL

Es el título de la novela que presentaremos la próxima semana y que constituirá un nuevo éxito de

BURTON HARE

¡Recuerde este título!

BRILLO MORTAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*